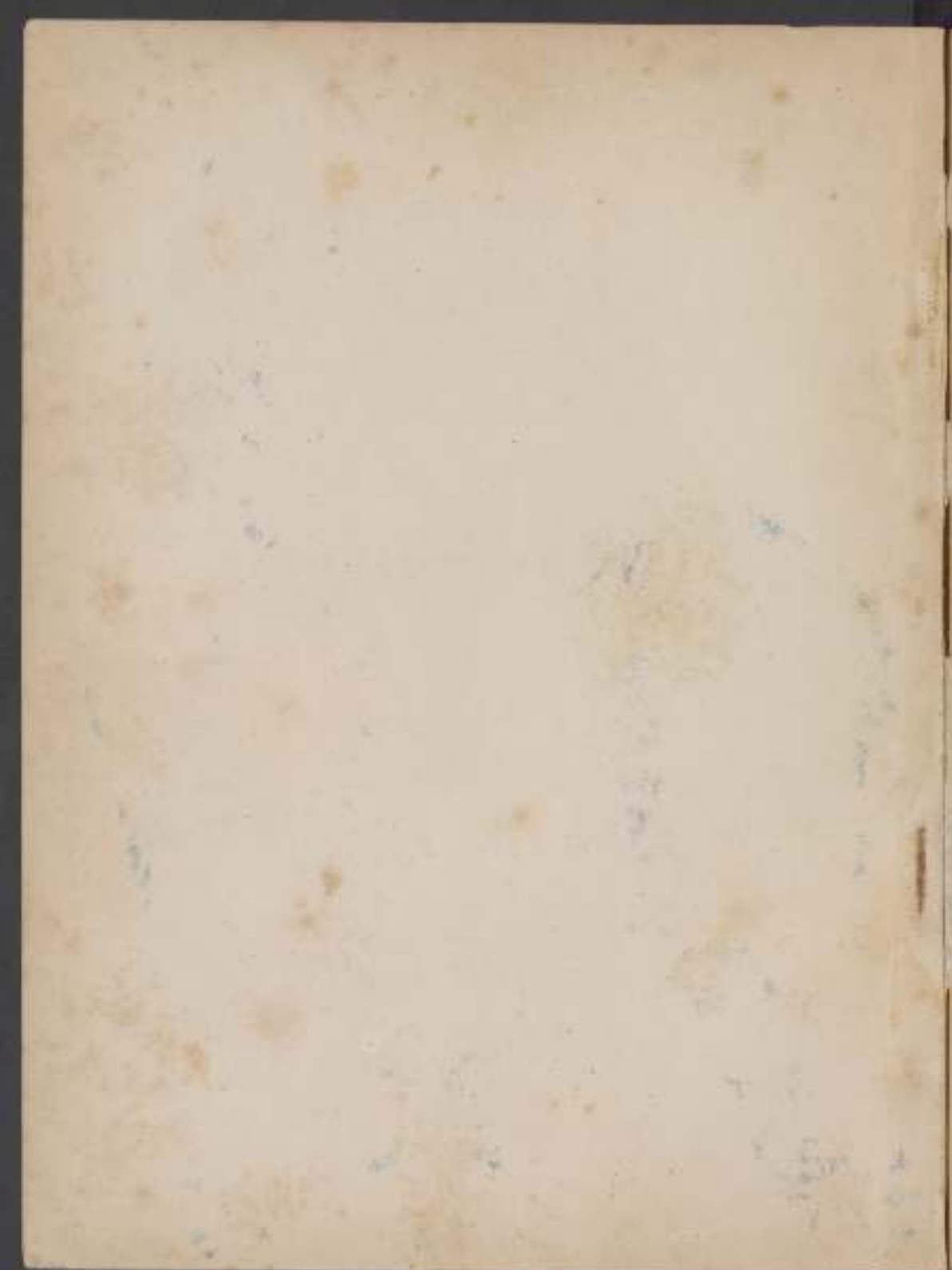


# Siempre Mujeres

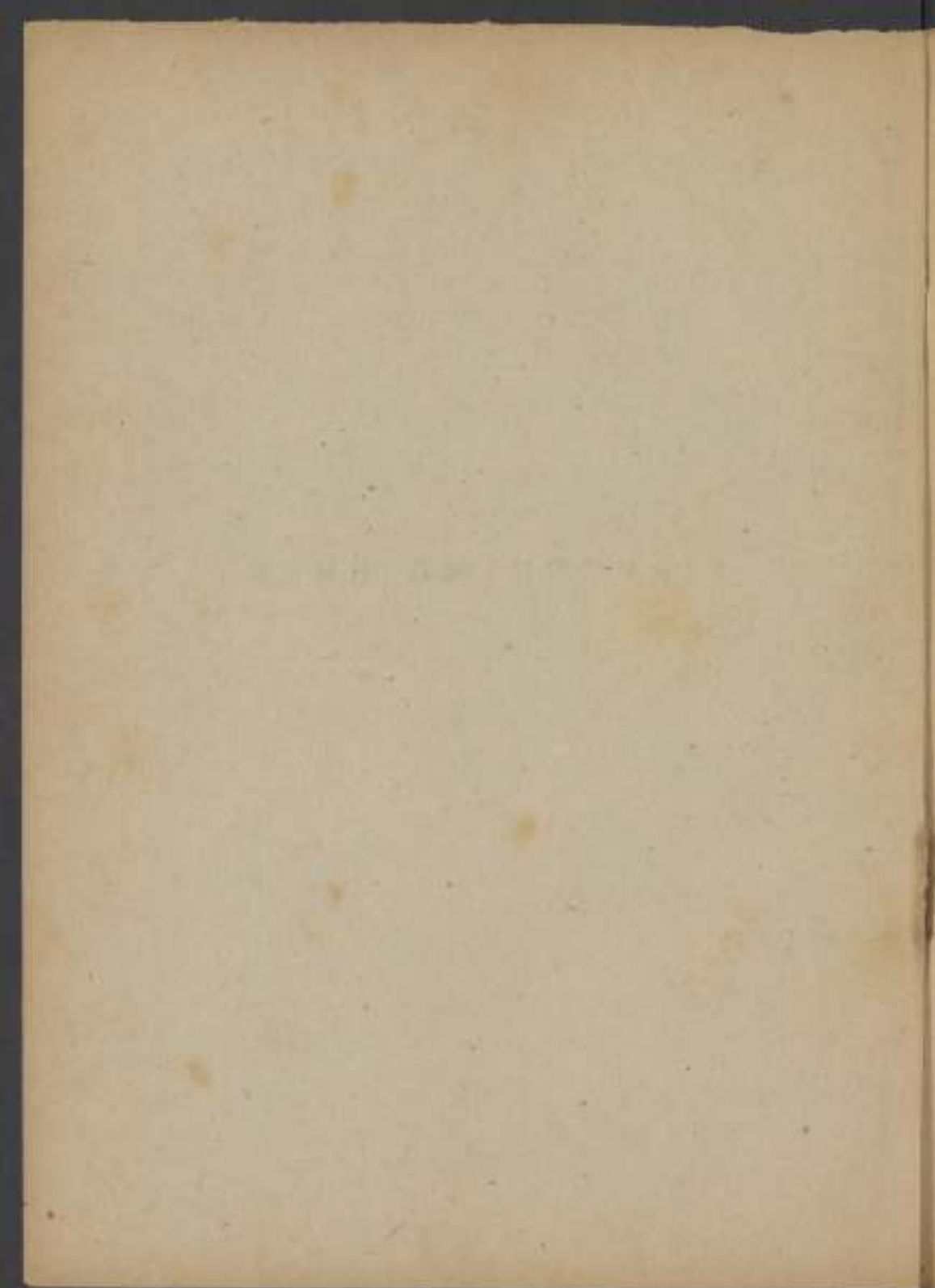
ANA MARISCAL

ENRIQUE  
GUTIART





**SIEMPRE MUJERES**



R77(CIEMPRE) - Are

# Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

Paseo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18341 - Barcelona

AQUEST LLIBRE  
ESTÀ EXEMPT DE  
PRÊTEC

## Siempre mujeres

Interesante asunto moderno

Argumento, diálogos, guión técnico y dirección

CARLOS ARÉVALO

Productora

LAIS, S. A.

Distribuidora



R 6.192

Intérpretes:

ANA MARISCAL  
ENRIQUE GUITART  
RAÚL CANCIO  
EMILIO G. RUIZ  
MERCEDES NICOLAU  
GUILLERMINA GRIN  
etc.

---

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

---

Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne



# SIEMPRE MUJERES

Argumento de la película

## PROLOGO

A galope tendido de su caballo alazán iba el Conde Don Enrique de León hacia el castillo de su dama...

El castillo medioeval alzabase soberbio y amenazador sobre la llanura infinita. Sus torres almenadas eran como centinelas puestos en guardia, prontos a la defensa de los moradores del castillo, prestos a ahuyentar a las huestes invasoras, como si a todas horas y en cada momento pesara sobre la castellana mansión una amenaza o un peligro...

Pero no: no parecía preocupar a la castellana ningún posible peligro. Altiva como las torres almenadas de su morada, bella como el cielo que brillaba sobre su cabeza, esbelta como los juncos que se mecían a orillas del foso, Elena, despreocupada de toda inquietud, segura de sí misma, convencida de su poderío, parecía tranquila por el amplio jardín que rodeaba el castillo,

en compañía de sus damas de honor y de la inacabable cola de sus admiradores, mientras, caballero en su caballo alazán, venía a todo galope, Don Enrique de León, el más noble entre los nobles, y acaso el más enamorado entre los enamorados de Elena, la gentilísima y altiva castellana.

Transportados así a aquella época, cantada por los trovadores, época de romance y de leyenda, debemos también aquí reseñar en romance lo que acaeció a la llegada de Don Enrique de León al Castillo de la bellísima Elena:

*Se viene don Enrique—  
que de León es nombrado,  
biso un hecho en la corte—  
que jamás será olvidado;  
voo doña Elena de Mendosa—  
dama de valor y estado;  
y es que después de suñer—  
enlázase pasando*

por el jardín del palacio—  
y otras damas a su lado  
y caballeros con ellas—  
que les iban requetando,  
a unos años miradores—  
por descensos se han parado,  
y enojos la leonera—  
la doña Elena ha asomado,  
y con ella está todo—  
un fiero león mirando,  
cura melena y figura—  
ponían temer y espanto.  
Y la dama, por probar—  
cuál era el más esforzado,  
dejóse caer el guante,  
al parecer, descuidado:  
bien que se le ha caído—  
muy a pesar de su grado.  
Mirando a unos y otros,—  
de esta suerte ha propinado:  
¿Cuál será aquel caballero—  
de esfuerzo tan señalado  
que saque de entre el león—  
el mi guante tan preciado?  
Que yo le doy mi palabra—  
que será mi requetado:  
será entre todos querido,  
entre todos más amado.  
Dídoles ha don Enrique,  
caballero muy honrado,  
que de la afrenta de todos—  
también su parte ha alcanzado.

Con paso firme y alivio—  
del grupo se ha separado  
y entre gran expectación—  
la escalera va bajando.  
Sacó la espada del cinto—  
y con ánimo adolorado  
entró dentro la leonera—  
al parecer, desmoralado.  
El león bien se lo mira—  
aunque no se ha movido,  
El se lo miró también—  
con orgullo castellano,  
Levantó el guante animoso,—  
inclinándose despacio:  
saliese libre y exento—  
por la puerta de había entrado:  
volvió la escalera arriba,  
el guante en la izquierda mano,  
y antes que el guante a la dama—  
un bufón le hubo dado...  
El caballero salióse,—  
la dama quedó mirando...  
¿Cuál será el fin de esta historia—  
de principio tan extraño?

¿Cuál será el fin? Pero para llegar  
al fin hemos de empezar por el princi-  
pio... y el principio tuvo lugar en un  
mes de febrero del año 1933.



Sobre la mesa descansaba el guante immaculado de cabgitilla blanca, de manopla, guante de mujer elegante y distinguida, en espera de que la mano que había de cubrir viniera a recogerlo. Y esta mano, mano de dedos largos, finos, rematados por uñas agudas, sabiamente pulidas, se apoderó del guante y se lo calzó con calma, mientras una voz armoniosa decía un poco precipitadamente, como con prisa por terminar pronto y poder salir:

—Tenme preparado el baño para cuando yo vuelva, María.

—¿Qué vestido preparo a la señorita?—contestó la doncella, a la que había sido dada la orden.

—Me da igual; el que más rabia te dé—contestó Elena de Mendoza, saliendo de la habitación y bajando la escalera, haciendo sonar sus espuelas de amazona.

Elena de Mendoza, hija única del scandalado aristócrata Don Julio de Mendoza, iba, como todas las mañanas, a dar un paseo a caballo.

Cruzó el hall con su paso firme y elástico, de muchacha deportista, educada a la ultramoderna usanza, que ha practicado la gimnasia y la rítmica desde su más tierna edad, ha jugado al tennis todas las tardes, ha nadado todas las mañanas, ha montado a caballo todos los mediodías, ha hecho esgrima y ha bailado horas y horas en todos los salones elegantes y en todos los lugares de moda.

Al ver al mayordomo que se inclinaba profundamente a su paso, le dijo con familiaridad simpática:

—¡Hasta luego, Bautista!

—¡Adiós, señorita!—contestó el servidor, en el más respetuoso de los tonos, mirando a aquella criatura a la que había visto nacer, o, por mejor decir, y para que todo fuera dicho con propiedad, a la que había visto pocos minutos después de su nacimiento, cuando la sacaron de la habitación donde estaba la señora condesa para ser presentada al señor conde, y a la que encontraba, en su fuero interno de vie-

jo servidor, la criatura más encantadora de la tierra y también quizá la más caprichosa...

¿Y cómo no iba a serlo? ¡Si Elena de Mendoza, al quedar huérfana de madre a los pocos meses de haber venido a este mundo, se había encontrado con un enjambre de gente que se desvivía para que nunca notara la falta de aquella madre! Y aquel afán de todos los que la rodeaban por allanarle las dificultades de la vida, por quitar de su camino espinas y abrojos, había hecho de ella, al correr de los años, una muchacha inconsciente, voluntariosa, dispuesta a salirse siempre con sus caprichos y sus antojos, convencida de que el menor de ellos era una ley que tenía derecho a imponer, no sólo a su padre y a todo el servicio de su casa, sino a todos sus amigos, y casi estaba por decir que a toda la humanidad.

Bautista sonrió a su propio pensamiento. Si la humanidad entera hubiera conocido a aquella chiquilla, seguro, seguro estaba el viejo servidor, de que se hubiera sometido, como se sometían cuantos tenían el placer de conocerla y tratarla, a su voluntad omnipotente, aunque muchas veces su voluntad ordenara cosas completamente absurdas. ¿Pero quién era capaz de resistirse a su simpatía, a su gracia, a su dulzura, al encanto que emanaba de su persona y que era como una corriente

magnética que atraía a cuantos actuaban bajo la zona de su influjo?

Además, lo absurdo y lo real formaban una amalgama tan perfecta en aquel cerebro de pájaro de Elena de Mendoza, que acababa uno por no saber nunca si lo que mandaba era o no factible de realizar.

No resultaba tan fácil ni tan amena la vida para los que allá, en un rincón del África ecuatorial, trabajaban en las factorías del padre de Elena, bajo el tórrido sol de los trópicos, soportando las inclemencias del clima y la nostalgia de la Patria.

En una casa de madera y palmas, muy bien construida, con una amplia veranda que daba al Norte y en la que, cuando el sol caía en el horizonte, se podían recoger algunas ráfagas de aire menos cálido que durante el día y darse la ilusión de que se gozaba de buena temperatura, tenía instalada su vivienda Enrique Monforte, joven ingeniero que había ido a la Guinea no en busca de aventuras, sino en busca de un porvenir más brillante y, sobre todo, en busca de una vida más en contacto con la naturaleza no profanada y con una humanidad menos intoxicada de modernismo y de ideas descabelladas.

Aquella mañana había llegado correo de España y Enrique habría querido ahorrarse de un solo golpe todas las cartas que le llegaban, con esa ansia

de noticias que tiene siempre el que se siente un poco desterrado; pero dominando su impaciencia, fué poco a poco rasgando los sobres con su pequeño abrocartas en forma de espada, y leyendo una a una aquellas misivas que le traían ecos de la familia algunas, otras de sus amistades, pero que le hablaban la mayoría de ellas, de negocios, de maquinaria, de nuevas instalaciones, de todo un plan de mejoras y ampliación de la factoría que hacía tiempo quería llevarse a efecto.

Enrique dió un hondo suspiro.

—¿Qué noticias hay?—le preguntó Joaquín, su ayudante y amigo, mirando al rostro de Enrique y queriendo adivinar qué era lo que le había hecho aspirar tan hondo.

—Toma, lee...—replicó Enrique, tendiendo la carta a su compañero—. Me marchó...

Abrió Joaquín tamaños ojos al escuchar aquellas palabras y murmuró, con una inefable expresión:

—¿Te marchas?... ¡Dichoso tú!... Te felicito.

Marcharse, ¡quería decir tantas cosas en aquellas latitudes! Marcharse era volver a la patria; marcharse era dejar aquel infierno de calor y de angustia; marcharse era volver a la civilización; marcharse era encontrar de nuevo hogar, familia, amigos...

—Tú ya no vuelves... —dijo Joa-

quín, siguiendo el curso de sus pensamientos.

—Sí, hombre. ¿pues no he de volver? Volveré con la maquinaria... Total, cuestión de un par de meses de ausencia, cuando más.

—¡Quíá!... —musitó Joaquín, dudoso—. Tú no vuelves... Y yo, mientras, encerrado en esta selva de todos los demonios...

Dió un suspiro, se paseó por la habitación, meditando, y se acercó a la pared de la que pendían unas cartas geográficas y unas fotografías:

—¡España!... ¡España! —suspiró, mirando el mapa de su tierra y unas vistas de su ciudad natal—. ¡Europa! La civilización, lo antiguo y lo moderno unido en la más perfecta armonía... ¡Ah, Enrique, llévame contigo!

—¡Hecho!...—asintió Enrique, riendo con una gran carcajada—. ¿Y a quién dejamos aquí? ¿A Otumbi, para que mande a toda esa gente que necesita la mano recta y la inteligencia del europeo para trabajar bien y provechosamente?

—¡Paseché!... Que se quede Otumbi, o...—replicó Joaquín con un gesto de contrariedad, aunque bien comprendía que estaba pidiendo un imposible.

Y queriendo explicar el por qué de su nostalgia, el por qué de sus ansias de marcharse, añadió, mirando fijamente a su amigo, como si él mismo no su-



piera lo que era la vida en los trópicos:

—Hazte cargo, Enrique... Ocho meses y medio aquí... testándome con este sol infernal... ¡y sin ver a una mujer guapa!

—Hombre, algunas nativas no están mal...—consoló Enrique.

Una negra gruesa, fea, reluciente de sudor, envuelta en un percal de tonos chillones, pasó junto a la casa en aquel preciso instante.

Joaquín miró a Enrique y le hizo un gesto expresivo, mostrándole a la negra. ¿Era aquello a lo que Enrique se refería al decir que había algunas nativas que no estaban mal?

Enrique se rió con una franca risatada, al ver el rostro desolado de Joaquín, y tomando el salakof, abrazó fuertemente a su amigo y salió del bungalow, camino de la selva.

Había recibido orden de marchar y preparó todas sus cosas para poder salir en el primer barco que zarpara con rumbo a España.

No sabía decir si marchaba contento. Se había acostumbrado a la vida dura de la tierra africana y se sentía allí más fuerte, más hombre, más libre, que en las ciudades europeas, en las que había un ambiente corrompido y de frivolidad, que se avenía mal con su carácter y con su modo de ser y de pensar.

Pero no negaba que, después de más de dos años de vivir bajo el tórrido

sol de la Guinea, unos meses de descanso le hacían ilusión. ¿Quedarse en España?... ¡Oh, eso ya era distinto! Había sabido hallar tan bien el sabor de la selva, que estaba intoxicado por ella. Estaba seguro de que volvería y de que volvería pronto. En cuanto se le hubiera pasado la nostalgia de la patria, que siempre se apodera cuando se está lejos de ella.

Embarcó. Hizo la travesía admirablemente. Iba poca gente en el vapor y a él la soledad le encantaba. No podía sufrir las multitudes, y menos esas multitudes heterogéneas que se hacían a bordo de un trasatlántico y con las que hay que convivir forzosamente durante unas semanas.

Desembarcó en Barcelona. Le pareció que Colón, desde su alto pedestal, le sonreía, dándole la bienvenida y que las vetustas Ramblas le acogían benévolas, como esos viejecitos que tienen siempre una sonrisilla de comprensión para todas las locuras y las exaltaciones juveniles.

No se detuvo. Tenía prisa en llegar. Era Don Julio de Mendoza quien le había llamado y quería acudir a su llamada lo antes posible. Continuó su viaje y fué a visitar al propietario de la factoría.

Le recibió en la biblioteca de su magnífica casa. Era Don Julio de Mendoza el arquetipo del caballero español, y recibió a aquel muchacho que

estaba bajo sus órdenes, con una afabilidad y una gentileza de verdadero aristócrata.

Charlaron mucho rato de todo lo que se había realizado allá desde que Enrique llegara para ponerse al frente de la factoría, y después que le hubo escuchado y que le hubo hecho todas las preguntas que a él le interesaban, le dijo:

—Y tengo muchísimos más proyectos. Pero ya hablaremos de ellos más despacio.

—Cuando usted quiera, don Julio —contestó Enrique, que estaba dispuesto a escuchar al de Mendora tantas horas como él gustase, pues no a otra cosa había venido desde su apartado rincón.

—¿Cuánto tiempo llevabas allá, sin venir a España?—preguntóle el caballero.

—Iba a hacer dos años, pero le aseguro que no estaba cansado de aquella tierra. Me había aclimatado a ella y le encuentro un particular encanto. Puede estar convencido de que no se siente uno allí como en el destierro.

—Es verdad. A ti te gusta el ambiente de allá, su vida un poco dura, pero en la que puede mostrarse bien la fortaleza del hombre. Si hubiera muchos como tú, podría ser aquello una fuente inagotable de riquezas... ¿Pero aquí, en España, ni se conoce!

—Y aquella tierra es magnífica... Tiene muchas posibilidades... Yo estoy

enamorado de ella... No sabe usted lo que le agradezco que me haya dado la oportunidad de conocerla.

En aquel momento, entrando como un rayo de luz o como una oleada de primavera, se presentó Elena, elegantemente vestida para una fiesta nocturna y, no sabiendo que su padre estaba acompañado de un desconocido, dijo con aquel encantador desenfado que era en ella una gracia más:

—¡Papá!

Se quedó en suspenso al ver a otro caballero junto a su padre y murmuró, sin turbarse, pero cambiando el tono de voz:

—¡Ah, perdón, creí que estabas solo, papaito!... Venía a despedirme...

—Ven, pasa... Te voy a presentar a Enrique Monforte, de quien me has oído hablar muchas veces... Mi hija Elena —añadió, presentándola a Enrique.

Elena le tendió la mano con un gesto frívolo:

—¡Encantada! —exclamó, mirándole con desenfado—. Ya tenía ganas de conocerle. ¿Usted es el ingeniero que está con los negros, verdad? ¡El que los corrompe para hacerles trabajar!... —rió, divertida de su propia gracia.

Enrique rió también, pero con una sonrisita de conejo, que no pasó de los labios:

—Sí... yo soy esa especie de... domador... —replicó, siguiendo la broma.

—¿Y va a estar mucho tiempo aquí?



—Lo menos que pueda. Probablemente, un mes nada más—dijo Enrique, pensando ahora con nostalgia en su costa africana.

—En este tiempo Enrique vivirá aquí, con nosotros—explicó don Julio a su hija—. Ya le he dicho a Bautista que le prepare la habitación de los forasteros. Y como Enrique apenas conoce a nadie aquí y ha de distraerse un poco... a ti te lo encargo. Tú le llevarás por ahí, ¿verdad, nena?

—¡Estupendo!... Que se venga ahora conmigo... ¡Oh, pero no está vestido para la noche...!—añadió, mirando el traje de viaje que llevaba Enrique—. Bien, empezaremos desde mañana. ¿te parece bien, papá?

—Sí, hijita... ¿Y tú dónde vas?

—Al baile que da esta noche doña Tutú...

—¡Elena!—corrigió su padre con un mohín de disgusto.

—¡Ay, perdona, papá, quise decir de doña Eloísa! ¡Adiós, papá! ¡Adiós, Enrique!—dijo, besando a su padre y estrechando la mano de su nuevo amigo.

Salió, dejando en pos de sí una estela de perfume y de luminosidad. Aquella criatura irradiaba luz en torno a ella. Era un torbellino, pero su presencia, por rápida que fuera, dejaba un recuerdo. Enrique se la quedó mirando hasta que hubo desaparecido a través de la puerta y se sentó de nuevo, sin

tiendo como si estuviera deslumbrado, y le pareció que las palabras que le decía don Julio carecían de sentido, como si sonaran lejanas, llevadas por el viento o mecidas por las olas, graves y severas del Atlántico, que se perdían en lo infinito allá, en su costa africana.

\*\*\*

Elena explicó a todos sus amigos que había llegado a su casa un huésped interesante. Con su inagotable verborrea y su fantasía sin límites, explicaba con vehemencia las características del caballero, por lo menos de aquellas que ella había podido captar en los pocos momentos en que le había visto cuando entró en el despacho a saludar a su padre y se había encontrado de manos a boca con el desconocido.

La escuchaban embobadas sus amigas; y los amigos la escuchaban con un deje de pelusilla ante las cualidades que Elena encontraba al desconocido, sintiendo no ser cada uno de ellos el caballero que despertara la admiración de aquella chiquilla que revoloteaba de uno a otro sin fijarse en ninguno, desesperándoles a todos con su inconstancia, su frivolidad, su alegría de pájaro y su visión superficial de todo cuanto la rodeaba.

—Viene de no sé dónde... de uno de esos rincones africanos en donde papá tiene sus factorías—explicaba Elena—.

¿Sabéis qué quiero decir? De esos rincones en donde hay selvas, negros, fieras... y de vez en cuando un hombre como ese que ha llegado hoy a casa... ¡Viene de un tostado, que ya lo quisiera para sí Quinito, que siempre está expuesto al sol para tener color de bronce! Ya le conocerás. Rosa María, porque estará un mes con nosotros.

—Ya estoy viendo que le vas a poner los puntos —replicó Rosa María, mirando picarescamente a su amiga, a la que conocía bien y sabía que se dedicaba a todos los muchachos que la presentaban.

—¿Yo?... —preguntó Elena, ingenua, como si no entendiera lo que su amiga quería decirle.

—Sí, tú... ¡Tú! ¿Cuántos tienes al retortero?... Alfredo, Gustavo, Arturo...

—¡Bah!... Exageraciones tuyas... —rió Elena con una risa cristalina y loca—. Lo que es Arturo...

Los muchachos rodeaban a Elena, que era el centro y máxima atracción de todas las reuniones mundanas.

Ella hablaba a todos, con todos flirtaba un poco, se dejaba adular por todos y le gustaba sentirse admirada y codiciada, prometiendo mucho y no concediendo nada, para auzar así más aún y estimular a aquellos "pollos" que se engallaban al acercarse a ella.

—¡Hola, Quinito!... ¿Qué hay? ¿Y tú, Arturo?... ¡Oh, Alfredo, si no me

había fijado que tú también estabas aquí!

—¿Caramba. Llévame—le dijo Quinito, llamándola con aquel nombre familiar que le daban todos sus amigos, desfigurando en el diminutivo el nombre de Elena—. ¿Qué me cuentas desde anoche?

—¿Desde anoche?... ¿Pero es que te conté algo anoche?

—Buena... quiero decir desde esta mañana... porque ya era de día cuando nos hemos despedido.

—¡Pero, hijito!... si tampoco por la mañana te he contado yo ninguna cosa —rió Elena, tendiendo la mano a otro de sus amigos y dejando a Quinito con la palabra en la boca.

—¡Hola, Arturo!

—¿Qué... ya has dormido?... —le preguntó éste, mientras la saludaba con un apretón de manos de camarada.

—¡Ya lo creo! Toda la mañana y parte de la tarde. De modo que estoy fresca como una rosa y dispuesta a empezar de nuevo la noche... y a contar cosas a ése... que según dice siempre le estuve contando "cosas"... No sabe decirme más que: "¿Qué me cuentas desde anoche?...". ¡Y lo gracioso es que anoche no le contaba nada!

Elena se reía a grandes carcajadas, sin saber muy bien de qué reía, y Quinito murmuró, sin saber tampoco qué murmuraba ni por qué lo decía:

—¡Es formidable! ¡Es formidable!

Si le hubieran preguntado qué era lo que encontraba formidable, no hubiera sabido qué responder. Eran una cuadrilla de chicos "modernos" que se tenían aprendidas cuatro frases: "formidable", "estupendo", "brutal", y algunas otras parecidas, y las aplicaban a todas horas y en todas las circunstancias, convencidos de que dominaban el idioma de Cervantes y que tenían mucha "mundología". Y no eran más que unos pobres estúpidos, parásitos de una sociedad en decadencia, que no habían de tardar en verse envuelta en la más angustiosa de las catástrofes. Era la sociedad de 1933... En 1936, todos aquellos niños inconscientes tendrían que demostrar su valor de hombres y su sangre de españoles.

—¿Qué traves hoy de nuevo?— preguntó Anita, acercándose al grupo al que veía más animado que de costumbre.

—Chica, un ejemplar espléndido que no os he podido traer porque no estaba vestido...

—¿Qué?...—exclamaron, haciéndose los escandalizados.

—¡Oh, no torzáis las palabras! He querido decir que no estaba vestido para una fiesta nocturna... Pero es seguro que es un ejemplar espléndido. Ya os lo presentaré. Directamente importante del Trópico.

—Cuéntanos... cuéntanos... ¿Cómo es?—inquirió Juan Antonio que esta-

ba coloso de la importancia que se daba a un desconocido... estando él presente.

—Ten cuidado no se te coma a ti... Te prevengo que es una fiera.

—¡Huy, qué miedo!—exclamó Juan Antonio, fingiendo un gran susto.

—¡Hombre!... Mira... doña Tutú tiene acaparado al pobre Antonio. ¡Cuánto le compedeceza!—exclamó Elena, dando otro giro a la conversación.

Efectivamente, Doña Tutú, como la llamaban todos en voz baja, aunque ella se llamaba Eloísa, tenía acaparado a Antonio. Era doña Eloísa una mujer frizando en los cincuenta, que no se resignaba a envejecer y que gustaba de tender lazos a la juventud, creyendo que aun podía aprisionar en ellos, sin darse cuenta de que se ponía en ridículo y de que los muchachos se burlaban de ella y la hacían servir de blanco de todas sus chacotas.

Doña Eloísa, cogida del brazo de Antonio, le miraba con ojos lánguidos y le hacía monerías de colegiala, que sentaban muy mal a su cara de mujer madura.

—¡No sabe usted cuánto viento no haber nacido diez años después!...—decía la pobre señora, suspirando por una juventud que, ¡ay!, ya se había marchado para siempre.

—¿Diez años nada más, doña Eloísa?—preguntó él, con marcada ironía, que ella no sepo o no quiso captar.

—¡Oh, no me llame doña Eloísa!...



¡Se lo tengo dicho tantas veces!...

—¿Eloisita, entonces? —replicó él, mordiéndose los labios para no soltar la risa.

—¡Ay!... —suspiró ella—. En mis tiempos... bueno, antes, los hombres eran serios... y cuando querían divertirse nos dejaban a nosotras, las mujeres docentes... pero ahora...

Habían llegado frente al bufete y Antonio ofreció a su dama:

—¿Una copita, doña Eloisa?... ¡Ay, perdón, Eloisa, quise decir!

—Así... así me gusta... que me llamen llanamente por mi nombre... Así, bien... Bueno, una copita, pero que no me vea mi marido, porque luego se pone pesadísimo conmigo, ¿sabes?

Se hicieron servir una copa y él brindó:

—¡Por su eterna juventud, Eloisa!

—¡Mi juventud!... ¡Ay!... —suspiró ella, nostálgica.

La música sonaba. Las parejas de baile se habían lanzado a la pista, con ese afán loco de la juventud de embriagarse de placer.

Alberto se acercó al grupo en que estaba Elena con sus amigos y le dijo, casi sin saludarla:

—Lili... ¿cuándo vas a bailar conmigo?

—¡Albertito!... ¡Hijo!... ¡Contigo toda la vida! Vamos —replicó Elena, dejando plantados a todos y cogiéndose del brazo del recién llegado.

—Vamos. Pero antes hoy que tomar una copa para coger fuerzas. Todavía no he probado ni una —dijo Arturo, quitándole su pareja a Albertito.

—¿Qué no has probado? —preguntó Elena en tono incrédulo—. No lo creo.

—En esta santa casa... y esta noche... ¡ni gota! Te doy mi palabra —afirmó Arturo con una gran seriedad.

—¡Ah! —rió ella—. ¡Aguil...! Pero y fuera de aquí?

—Poca cosa... Dos o tres combinaciones para hacer boca... Ya ves que no es mucho.

Se acercaron al bufete y les sirvieron unas copitas. Arturo era un bebedor innaciable y no había fiesta ni fiestecita de la que no saliera el dando traspies o diciendo tonterías, o, muchas veces, sostenido por los brazos benévulos de los amigos que le conocían el flaco y no se lo tenían en cuenta. ¡Cosas de Arturo!, se habían acostumbrado a decir. Y Arturo, con aquello de que "eran sus cosas", había inconscientemente hasta que le hacía daño.

Cuando ya se había bebido dos copitas de combinaciones, que juntas a las que había tomado fuera de casa sumaban ya una suma algo respetable, le dijo a Elena, acercándose mucho a ella y mirándola con ojos inflamados:

—Oye, Lili, ¿cuándo vamos a quearnos como en las películas prohibidas?

—¿Tú y yo?... En cuanto no bebas —le contestó Elena, rápidamente, como si de antemano tuviera pensada la réplica.

Arturo se sirvió otra copa, la empujó y dijo, aparentando una gran seriedad:

—Mira, mi penúltima copa... ¡por tu amor!...

Elena le contempló un rato en silencio, con su copa en la mano, sin decidirse a beber después de aquel brindis, y luego dijo, sonriendo, al mismo tiempo que se llevaba la copa a los labios:

—¡Es lástima!... Porque casi, casi me gustas...

—¡Lili! — exclamó Arturo, dejando la copa inmediatamente, asombrado de las palabras que acababa de escuchar. Pero viendo en los ojos de Elena un chispazo de burla, añadió:

—Lili... ¿bailamos?

—¿Bailamos, Lili?—dijo al mismo tiempo Albertito, acercándose a ella.

—¡Oh, me había olvidado de ti. Albertito!—replicó Elena, volviéndose al recién venido—. Vamos, ahora mismo.

Y se alejó con él, dejándose arrullar por las armonías inarmónicas de un baile de negros que se había impuesto en los salones de moda.

Pablo, que había estado observando a Elena desde hacía rato y la veía revolotear, como mariposa inconsciente, de uno a otro, diciendo a cada una una palabra de halago y dejándole planta-

do en cuanto venía otro que le agradaba más o que la sabía distraer mejor, se acercó al desdénado galán y le dijo, casi al oído:

—Me parece, Arturo, que tú y yo y Alberto y Gustavo y todos, estamos haciendo el primo...

—¿...?—interrogaron los ojos brillantes de Arturo que había encarcado mucho las cejas como si aquella confesión le extrañara sobremanera.

—Sí... Lili es la chica más... ¡Brrrr! —exclamó Pablo, haciendo un gesto expresivo.

—Bueno, pues voy a beber otra cosa —dijo Arturo, sirviéndose de nuevo el licor que le ayudaba a olvidar.

Elena bailaba, entretanto, con su otro adorador.

—¿Sabes lo que estoy dispuesto a hacer por ti?—le decía éste, mientras la tenía entre sus brazos.

—¡Estudiar! —afirmó Elena, porque creía que era la heroicidad más grande que aquel muchacho podía hacer en su honor.

—¡Que hable en serio, Lili!—replicó él, mirando a su pareja con ojos atónitos.

—Me das miedo, chico.

—¡No te rías, Lili! Ya sé que todos me tenéis por un... bueno... no es que yo... Oye, ¿vamos a dejar de bailar?

Elena se encogió de hombros y él la tomó de la mano, arrastrándola en pos de sí.



—Ven, por aquí.

—¿Adónde?

—Tú, ven... ya verás...

Salieron por la puerta, cruzaron otro salón y salieron a la terraza que daba sobre el jardín.

—Escenas no, Albertito...—dijo Elena, embromando al chico.

—¡Albertito!... ¡Albertito!... ¡Estoy harto de diminutivo y de que no se me tome en serio!

Elena soltó una carcajada. En verdad le costaba trabajo tomarse en serio a nadie, y mucho menos a aquel chico que no tenía formalidad alguna para nada.

—¡No te rías!—dijo él, violento—. Y no son escenas, te lo aseguro... Es imposible hablar nunca contigo... Siempre estás rodeada, asediada... esta es la palabra, asediada... ¡Y es natural!... Y es natural que tú tengas formado mal concepto de mí... No me emborracho, como Arturo, no tengo amigas, como Juan Antonio... A veces me siento aparte de todos ellos, y siento desprecio de todos... ¡hasta de mí mismo!

—¡Alberto!—exclamó Elena, verdaderamente sorprendida del tono que le notaba en la voz, tono completamente en desacuerdo con lo que ella creía de él.

—Perdona... he dicho mal al decir que sentía desprecio por todos... Tú no eres como los demás... Tú eres distin-

ta, pero te gusta jugar con nosotros... ¡No te rías!

—No me río... Me sorprendes. Nunca te oí hablar en serio. No te suponía así...

—Nadie somos como parecemos ante los demás. Nos presentamos de otro modo. Parece como si quisiéramos desconocernos a propósito.

—Chico, me sigues sorprendiendo... ¡Tú, profundo!—dijo Elena con cierta ironía disimulada.

—No hay profundidad ninguna. Viendo como vivimos podemos morirnos de viejos, viéndonos todos los días sin saber nada del que tenemos al lado. Vivimos de cuatro frases hechas y con un careta que a todos nos hace semejantes. Parece que nos avergüenza nuestra personalidad y nos amoldamos a un ejemplar estúpido que creemos es el que está de moda y el que priva entre las muchachas, y todos parecemos imbéciles, sin darnos cuenta de que dentro de cada uno vive un alma y palpita un corazón...

Elena le escuchaba sorprendida y admirada. Aquel hombre no era el mismo de siempre, y ella jamás hubiera adivinado que en el cerebro de Alberto pudieran anidar todas aquellas ideas que la dejaban perpleja. Le miró con simpatía y, después de un silencio que se hizo entre los dos, le dijo:

—Perdona si alguna vez me he reído de ti... Es sorprendente que, en reali-

dad, viviendo constantemente unos cerca de otros, no lleguemos a conocernos, ni tan siquiera a adivinarnos.

—No tiene importancia... Es la base de la vida moderna... Lili, yo te quiero...

—¡Alberto! —exclamó Elena, cada vez más sorprendida.

Por fortuna vino a interrumpirles Juan Antonio:

—¿Qué hay, tórtolos?... Os estamos buscando por todas partes y vosotros estáis aquí, haciéndoos el amor al claro de luna...

Arturo seguía a Juan Antonio, y venía bastante chispa, con media docena de copas de más en el cuerpo, pero estaba dispuesto a seguir bebiendo, porque aquello, para él, no era más que el principio.

—¡Lili! —exclamó muy animado—. Empiezo a estar en mi punto. ¿Vamos a bailar un tango?

La cogió de la mano y la obligó a seguirle.

Elena volvió el rostro hacia el que dejaba y le dijo, dándole una expresiva mirada:

—¡Hasta luego, Alberto!

Juan Antonio hizo un gesto de sorpresa al oír llamar así, por su nombre auténtico, a aquel chico de la peña, al que toda la vida habían llamado Albertito, así, quitándole la importancia de hombre y dejándole siempre en muchacho.

—¡Hombre, Alberto!... ¡Alberto! —exclamó, fingiendo aún más admiración de la que en realidad sentía—. ¿Has ascendido?

—¡Déjame en paz! —contestó el otro, malhumorado de que hubieran venido a interrumpir una conversación que él había logrado encauzar por el camino deseado.

Arturo bailaba con Elena un tango exagerado, mientras le preguntaba, mirándola fijamente para adivinar si le contestaba la verdad o se salía por la tangente, como solía hacer siempre aquella chiquilla que tenía trastornado el cerebro a todos los que la trataban.

—¿Qué cursilerías te estaba diciendo ese pebete?

—¿Qué quieres decir?

—Tú me entiendes. ¿Qué te decía?... Tú ya sabes que no hay más hombre para ti que yo... ¿entiendes? ¡El día menos pensado voy a hacer una barbaridad, y listo!

—¿Qué barbaridad es esta? —preguntó Elena, sonriendo pícaro y burlesca.

—Casarme contigo...

—¡Hombre, me gusta!...

También vinieron a interrumpirles. Ahora eran Rosa María y Juan Antonio.

—Oye, Lili... ¿Sabes qué ha pensado Juan Antonio?

—¿Qué? —preguntó Elena, dejando de bailar.

—Irnos de incógnito al estudio de Gustavo.

—¡Estupendo!... Vamos a decirlo a los demás.

Fueron buscando a todos los que formaban la peña, aquella peña de gente joven y alocada, de muchachos que no llegaban a los veinticinco, inconscientes de las responsabilidades de la vida, desconocedores de sus deberes y de sus leyes, convencidos de que la vida no era más que lo que ellos hacían: bailar, beber, flirtear, asistir a todos los bares, cafés, restaurantes de moda, a las casas donde se daban fiestas en las que poder saciar su ansia de diversión y correr de un lado a otro sin más fin ni objeto que ir matando los días y las horas en una absurda carrera de idiotez y de inconsciencia inconcebibles.

—¿Os habéis enterado del plan?

—No... ¿Qué pasa?

—Vamos a ir al estudio de Gustavo.

—¡Estupendo!

—¡Lo pasaremos formidable!

—¡A eso se le llama plan!

—¿Por qué no nos llevamos a doña Tutú? —sugirió Elcua, riendo de su propia gracia.

—¡Por Dios, Lili, un poco de seriedad!

Arturo llegaba en aquel momento con un camarero que llevaba en la mano una bandeja con copas llenas de champán:

—Aquí os traigo una ronda de ami-

gos... para que brindemos... ¿Por qué podríamos brindar?

—¡Por la eterna juventud de doña Tutú!—dijo Juan Antonio en voz alta.

Alberto le tiró de una manga:

—¡Cuidado!... ¡Que viene don Fidel!—le susurró al oído.

Don Fidel era el marido de doña Eloísa, de Tutú, como la llamaba toda aquella cuadrilla de niños maleducados.

—¿Qué hay, jóvenes, qué hay? —preguntó el buen señor, que conocía el flaco de su mujer y que temía a todos aquellos muchachos más que hubiera temido la plaga de la langosta de haber sido campesino en lugar de hombre de mundo. ¿Estáis conspirando?

—No, señor... Unicamente pensamos echar una cansa al aire...

—¡Ya están ustedes buenos, ya!... ¿Han visto por ahí a mi mujer?—preguntó, un tanto escamado de las miradas que sorprendía iban cambiando entre ellos todos los muchachos, temiendo que su esposa hubiera cometido ya alguna torpeza o alguna indiscreción.

—Nos ha parecido verla, hace un momento, en el bufete—contestó Arturo con fingida ingenuidad, pero poniendo en sus palabras toda la picardía de sus pocos años.

—¿En el bufete?—preguntó don Fidel, alarmado, porque sabía bien el



efecto que en su esposa producían unas copitas.

—Sí, señor, allí la he visto bebiendo unas copitas...—insistió Arturo, gorzándose en la cara de susto del pobre esposo.

—¡Muchas gracias, muchas gracias! Voy allá, porque debe estar esperándome.

Se alejó el buen señor rápidamente y los chicos se quedaron riendo a hurtadillas de la bromita que Arturo le había gastado.

—¡Le has dejado hecho polvo!

—¡Qué cara de susto ha puesto al saber que su cara mitad estaba en el bufete!

—¡Como que sabe el efecto que el vino ejerce sobre su esposa!

—Pues no me negaréis que doña Tutú, con una copa de más, está graciosísima.

—Para nosotros sí... pero para su maridito... —murmuró Juan Antonio, haciendo un gesto evasivo.

Las muchachas habían ido a componerse un poco ante el espejo antes de salir para el estudio de Gustavo. Aquella escapatoria, que les parecía cosa prohibida y que salía del terreno trillado de los salones tan conocidos, ponía brillo en sus ojos y fuego en sus pupilas. Todas se sentían un poco "mujeres fatales". Aquello de ir al estudio de un artista a media noche era algo que se salía de lo corriente, algo que

tenía saborcillo a pecado, algo que las emocionaba extrañamente, sin que acertaran a explicarse bien por qué.

No era nada más que la novelería que llevaban metida en sus cerebros de pájaro, intoxicado por ciertas películas y por una literatura decadente, que les estropeaba el alma y les embotaba los sentimientos. Aquellas niñas locas no necesitaban nada más para ser unas mujeres íntegras, unas esposas perfectas, unas madres de familia modelos, que la vida les hiciera frente y les mostrara bruscamente su dureza. No eran malas, pero les gustaba patearlo, porque aquello era la moda de entonces, porque les parecía que era más moderno y porque las habían acostumbrado a encontrar anticuado todo lo que era recto, justo, bueno y punzonoso.

Y es que para todas ellas la vida era demasiado fácil y por eso se empeñaban en llenarla ellas mismas de abrojos.

Volvieron al salón para reunirse a los muchachos e ir saliendo sin llamar la atención de las personas mayores.

—Oye—dijo de pronto Anita, como si tuviera una inspiración—. ¿Por qué no nos llevamos a tu africano?

—¿Pero, cómo va a venir?—inquirió Elena, a su vez, al escuchar aquella sugerencia que no le disgustaba del todo, pues el africano le había interesado.

—Le llamasí.

—¿No puede ser?

—¿No está en tu casa? — insistió Anita, que estaba encantada de su idea.

—Sí.

—Pues le llamas por teléfono.

—Sí; pero... — quiso argüir Elena.

Rosa María la interrumpió:

—Sí, sí, llámale... Debe ser un tipo estupendo... Nos divertiremos con él.

—Mientras no cante canciones negras — comentó Juan Antonio, al que no entusiasma la idea de ir a buscar al desconocido.

Elena titubeaba. Sus amigos insistieron.

—Anda, no seas tonta... Llámale.

—Sí lo estás descando...

—¿Yo?... Bueno, si vosotras queréis, le llamaré — dijo Elena, decidiéndose.

—Sí, sí... Entre tanto, nosotras iremos saliendo.

Elena se dirigió al teléfono y las demás, unas después de otras, fueron saliendo del salón y de la casa y esperraron, en la penumbra de la calle, a que se fuera reuniendo todo el grupo para subir a los autos y marchar a aquella escapatoria nocturna que tenía el influjo encantador de lo prohibido y de lo que no se conoce...

\*\*\*

Enrique estuvo hasta muy tarde hablando con don Julio de todos los pla-

nes que éste tenía para mejorar y dar más amplitud a la factoría que tenía instalada en la Guinea y que, gracias al esfuerzo personal de Enrique en aquellos dos últimos años, había tomado un incremento admirable.

Después que le hubo explicado largamente todos sus vastos proyectos, se levantó, le dió una palmada en la espalda y le dijo en aquel tono paternal y simpático que había cautivado a Enrique desde el primer momento:

—Por hoy, basta... Voy a darte los planos y mañana puedes darles un vistazo y estudiarlos un poco.

Se dirigió hacia un armario para tomar los planos y Enrique se quedó mirando fijamente un retrato de Elena que estaba sobre la mesa y que la reproducía con toda su belleza y su personal encanto.

El padre sorprendió la mirada y dijo, sonriendo con su hombría de bien tan simpática y tan distinguida:

—¿Guapa chica!, ¿verdad? Lo único importante que tengo en el mundo... desde que se murió su madre — añadió, con una profunda tristeza en la voz, que conmovió al muchacho.

Enrique no replicó, no encontró palabras que decir, y siguió mirando el retrato. Fue el padre quien continuó diciendo:

—...un poco loca, ¿sabes?, pero es la edad... Los años le harán ver la vida de otro modo... Y luego, espero que



saldrá un hombre de verdad que la hará cambiar por completo... Las muchachas de hoy son así... Ligeras, frívolas... hasta que dan con el hombre que sabe meterlas en cintura... Pero este hombre no es nunca el padre, ¿comprendes? Por eso pienso que, ¡ojalá!, tarde mucho en llegar ese hombre... porque cuando llegue yo me voy a quedar muy solo.

—Tendrá usted entonces dos hijos en lugar de uno—dijo Enrique, buscando algo que pudiera animar a don Julio, y no encontrando más que aquella vulgaridad que se dice a todos los padres cuando casan a sus hijos... ¡y que casi siempre es el engaño de una leyenda!

Don Julio sonrió, benévolo, como hombre que conoce bien la vida y no espera gran cosa de ella, y replicó, encogiéndose un poco de hombros en un gesto dubitativo:

—¿Tú crees?... En fin, es ley de la vida, y nos hemos de acostumbrar de antemano a ella... Bueno, aquí están los planes... No te vayas a poner esta noche a estudiarlos... Hay tiempo de todo... ¡Bien venido, y hasta mañana! La noche se ha hecho para descansar... menos para mi hija y toda la *troupe* de sus amistades, que viven de noche, como los murciélagos.

Se acercó a la puerta y llamó al mayordomo:

—¡Bautista! Acompaña a don Enri-

que a su cuarto y aténdele bien... ¡Buenas noches, Enrique, que descanses!

—¡Buenas noches, don Julio, hasta mañana!

Siguió Enrique a Bautista que le llevó al piso superior y, a través de un largo pasillo, lo acompañó hasta su habitación, una habitación amplia, amueblada con gusto, confortable, en la que Enrique se sintió en seguida como en su propia casa.

Cerró el criado la puerta, dejándole solo, y él comenzó a desvestirse con pausa, pensando en todo cuanto había hablado con don Julio y dando vueltas en su cerebro a todos los planes que le había expuesto, pesando los pro y los contra de las nuevas instalaciones, viéndolas ya, en su imaginación, en el terreno en que tenían que ser llevadas a cabo, cuando unos golpes discretos, dados en la puerta, le volvieron a la realidad.

—¡Adelante!—dijo, deteniéndose en su tarea de desnudarse.

Era Bautista.

—¡Llaman por teléfono al señor—dijo, acomodando discretamente la cabeza por entre la puerta apenas abierta.

—¿A mí? ¿Quién puede llamarme a mí?

—La señorita Elena, señor.

—¿Y quién es la señorita Elena?—preguntó Enrique, sorprendido, porque él no conocía en Madrid a nadie que

podiera llamarle a aquellas horas, y en la calle, esperando a los más rezagados, mucho menos en aquella casa que no era la suya, y mucho menos aún una señorita Elena, que él no sabía de quién se trataba.

—Es la hija del señor—replicó Bautista.

—¿Mi hija? — preguntó Enrique, más alarmado aún.

—No, señor... La hija de don Julio, quisiera decir.

—¡Ahí!... Ya... Comprendo... Vámonos — dijo Enrique, poniéndose una bata, dispuesto a seguir al mayordomo.

Fue al teléfono, cogió el auricular y dijo:

—Al habla... No, aún no... Hasta ahora he estado hablando con su papá... Un poco... No, no, al contrario, muy interesante... ¿Cómo?... ¿Ahora mismo?... Pero... Sí, claro, su papá dice que he de divertirme... pero es que no estoy vestido...

—A dónde vamos, no hace falta que vaya usted de smoking—replicó la voz de Elena—. Está preparado, que vamos a buscarle. ¿De acuerdo?

—Bueno... de acuerdo... Ahora que... Oye... oiga... oiga...

Ya habían colgado. Colgó él también y volvió a su cuarto a ponerse de nuevo la chaqueta y a componerse un poco. Verdaderamente, don Julio había tenido razón: Elena era un poquín aloca...

Todo el grupo de amigas estaba ya

gados.

—¿Quién falta? — preguntó Anita, impaciente.

—Lili y Arturo.

—¿Y qué hacen?

—¿Por qué no vienen?

—¡Se nos va a hacer tarde!

—Es que doña Tutú no suelta a Arturo... Lo ha cogido en la terraza por su cuenta y...

—¡Valiente palma!... Vamos subiendo al coche.

Doña Eloísa había cogido a Arturo y, realmente, no lo soltaba, aunque el muchacho hacía los imposibles por alejarse de ella.

—¡No sea usted malo! — le decía, mirándole con ojos apasionados—. ¡No sea usted malo!

—¿Yo?... ¡Qué más quisiera! — replicó Arturo, mirando hacia la puerta con ansia, por temor a que sus amigos perdieran la paciencia y le dejaran solo.

—¿Por qué?... Si fuera usted malo, malo de verme... ¿qué iba usted a hacer?

—¡Ay... me dan unas tentaciones!

—¿De qué, Arturito? — preguntó ella, hecha toda miesa.

—Cuando veo el balcón... y a usted tan cerca... y solos los dos... no sé cómo puedo contenerme...—dijo Arturo, pensando en que de buena gana se desharía de ella arrojándola por el bal-

cón, si no fuera por miedo a las consecuencias.

—Pues no se contraga... —provocó ella, interpretando a su gusto las palabras del muchacho.

—¡Brrrr! —murmuró él, viendo a Elena que le estaba haciendo señas detrás de una puerta.

—¿Qué? —preguntó ella, mirándole fijamente.

—¡Ya está, Eloisita de mi alma!... Cierre los ojos y estese quietecita... sin moverse... ¿Me promete que cerrará los ojos y se estará muy quieta, muy quieta?

—Sí, sí, prometido... Pero no sea usted mala.

—¿Yo?... ¡Quiá!... Verá usted, cierre los ojos... ¡Y no vale mirar!

—No... no miraré —replicó doña Eloisa, muy apretados los ojos y esperando impaciente y emocionada el arranque del muchacho.

Arturito, de puntillas, sin dejar de mirar a su víctima, fué retrocediendo, retrocediendo, hasta dar con la puerta, y entonces echó a correr para ir a reunirse con su pandilla.

Don Fidel salió en aquel momento a la terraza y encontró a su esposa con los ojos cerrados, muy apretados, y una inexplicable expresión de felicidad en su rostro obeso, y se acercó a ella y le puso una mano sobre el hombro.

—¡Ay! —suspiró ella, creyendo que

había llegado el momento del arranque de Arturo.

—¿Qué poerrás estás haciendo aquí con los ojos cerrados? —le preguntó su marido, sin acertar a explicarse aquel extraño caso.

—¡Ah!... ¡Ah!... ¿Pero eres tú? —preguntó ella, asustada, abriendo los ojos y frotándose los como si fuera presa de una espantosa pesadilla.

—Sí, yo... ¿Quién tenía que ser?

—No, nada... Es que... nada...

—Vamos, vamon, mala —dijo don Fidel, reprimiéndola con suavidad—. Conseguirás al fin, con tus tonterías, que todos se rían de ti y de mí.

—Fidel... te aseguro que...

Le tapó la boca con su mano y la miró con ternura. Aquella pobre mujer no era mala; era tonta nada más; y de esto, don Fidel estaba seguro de que ella no tenía la culpa, pues ya le debía venir de nacimiento.

...

Elena fué la única que bajó del coche al llegar frente a su casa. Entró sin llamar, porque siempre llevaba el llavín en el bolsillo, y se dirigió a la biblioteca, pues vió luz allí e imaginó que Enrique la estaba esperando.

Enrique la esperaba leyendo, o tratando de leer un libro en el que no podía fijar la atención, pues aquella intempestiva llamada telefónica de la hi-



ja de la casa le había desequilibrado un poco los nervios. El tenía formado otro concepto de la educación de las muchachas "bien". Pero sin duda no debía ser una cosa extraña, pues Bautista no se había mostrado extrañado en lo más mínimo por aquel hecho que a Enrique le parecía tan fuera de tono.

—¿Dispuesto?— lo preguntó Elena sucintamente.

—Ya lo ve. Esperando—replicó él, poniéndose de pie y dispuesto a seguirla.

—Pues, vamos.

—Cuando usted quiera.

Dejó el libro sobre la mesa y salieron. Al cruzar el hall, Elena le preguntó, tuteándole llanamente:

—¿Te ha extrañado mi llamada?

—Un poco; ya no—corrigió él, inmediatamente.

—¿No?... —sonrió ella—. Voy a presentarte a una pandilla simpatísimas. Verás cómo te diviertes esta noche.

Bautista les abrió la puerta.

—Buenas noches, señoritos; hasta mañana.

—Adiós, viejo. No nos esperes. Sólo dime sabe a qué hora llegaremos.

Subió Elena al coche y, antes de que subiera Enrique, hizo la presentación de los que iban dentro:

—Rosa María, Anita, Arturo... A los demás, ya los irás conociendo. Sube... ¿Cómo te llamas?— preguntó Elena,

que ya no se acordaba del nombre que había pronunciado su padre al presentárselo.

—Enrique Manforte.

—Bien, aquí tenía a Enrique Manforte. Viene de la Guinea y está acostumbrado a tratar con fieras... No le podremos asustar fácilmente.

Todos rieron la gracia con grandes carcajadas; pero Enrique no entendió el chiste, porque no comprendió la risa de sus compañeros de coche.

Se dirigieron al estudio de Gustavo.

Estaba éste rodeado de sus amigos, gente artista como él, que iban todas las noches a hacer un rato de tertulia, a hablar de arte, a tocar el piano y contar o a comentar las últimas exposiciones.

Aquella noche, como de costumbre, habían acudido Nelly y Silvia, Artal, Agustín Herreros, Ramón Vega y algunos más. Gustavo tocaba el piano cuando sonó, repiqueando con insistencia, el timbre de la puerta.

—Deben ser ésos—dijo, interrumpiéndose de mala gana y saliendo a abrir.

—¿Y quiénes son ésos?—preguntó Nelly con displicencia, contrariada de que vinieran a turbar aquella hora tan deliciosa que estaban pasando en la intimidad de una peña de artistas.

—Esos son unos niños ricos que conocen a Gustavo... Filisteos que creen que un estudio de pintor es el summum

de la extravagancia. Y se vienen aquí por anobismo, como irían a un cabaret si a esas niñas les pareciera esto más pecaminoso que aquello— dijo Artal con desprecio, porque no sentía simpatía hacia aquella clase de gente que, según él, eran los profanadores del arte.

—Parece imposible que Gustavo...— comenzó a decir Sylvia.

—¡Bah! — interrumpió Artal, que conocía bien a su amigo—. Gustavo lo hace con su intención...

—¿Dinero?

—¡Pchs!

—Aquí están...

Se callaron. Entraba Gustavo seguido de toda la peña de Elena. Esta venía al lado del pintor, que le hacía los honores de la casa como a huésped de honor.

—¡Precioso! ¡Qué bonito está! ¡Tenía ya unas ganas de venir a tu estudio!—exclamó Elena, mirándolo todo, complacida.

—Voy a presentarte a unos amigos—dijo Gustavo, y comenzó a exhibir a Elena entre sus contertulios, nombrándolos uno a uno:

—Nelly, pintora...

—Encantada—dijo Elena, estrechándole la mano.

—Encantada—replicó Nelly con un poco de sequedad.

—Sylvia Casanova, poetisa.

—Encantada.

—Encantada.

—Luis Felix Artal, pintor — siguió diciendo Gustavo.

—Encantada.

—Encantado.

Lo habían dicho los dos a un mismo tiempo y todos se echaron a reír. Arturo comentó:

—Total... que todos estamos encantados.

—No seas tonto—rió Elena, volviéndose hacia Arturo.

Gustavo continuaba las presentaciones:

—Herreros, escultor; Ignacio Ordóñez, pintor; Agustín, músico, y Ramón Vega, sin oficio conocido.

—El arte es una alimentación, pero el resto del mundo es infecto; por eso hay que estar al margen de lo industrial, que es la técnica de hoy — dijo Vega, que gustaba de hacer frases—. Y vivir cerca de los artistas, para no caer en la tontería de hacer arte...

—Muy bien, Vega, has estado formidable—comentó Gustavo riendo. Y acabó la presentación:

—Lili Castillo y unos amigos.

Entonces fué Elena la que presentó rápidamente a sus amigos:

—A Juan Antonio ya le conocéis... Anita Velasco, Rosa María del Campo, Antonio Ruiz, Enrique Monforte...

—Aquí vienen unas botellas para animar la reunión — interrumpió Juan



Antonio, que había traído algo para beber.

—¡Ah, sí, sí, vamos a beber!—exclamó Elena, palmoteando de alegría.

—¿Por qué os habéis molestado?—preguntó Gustavo un tanto disgustado, porque le pareció que aquello le humillaba—. Aquí había buen vino para vosotros.

—Ya lo sabíamos. Pero no te preocupes, que no sobrarán. ¿Verdad, Arturo?—preguntó Anita con picardía al empedernido borrachín.

—¿Es una indirecta?—preguntó Arturo, que no se ofendía por una broma.

—¡Qué va! ¡Directa del todo!

—¡Ah, menos mal!... Ya sabes que no puedo sufrir las indirectas.

—¡Pero si tú no bebes!—exclamó Elena.

—Lili, eres muy grande. ¡A ver, que me den dos copas!

—¿Dos copas? ¡Abusón!

—Yo soy un caballero...—dijo Arturo, cogiendo una de las copas, y, entre-gándosele a Nelly, le dijo:

—Bella poetisa... ¿una copita?

—Yo no escribo—contestó Nelly, disgustada por aquella invasión de "niños bien" que le crispaba los nervios.

—Perdón... Pero para beber, lo mismo da escribir... que esculpir... ¿No es cierto?

—¿Pero qué tonterías estás diciendo, Arturo?—le preguntó Elena, acercándose a ellos.

—Elena, si yo supiera escribir, cosa que tampoco sabe hacer esta señorita, compondría una oda al cofac; pero como no sé, me conformaré con brindar por ti y beberlo. ¡A tu salud, encantadora Lili!

—¡Qué imbécil!—comentó despectivamente, a medio tono, Nelly, volviendo la cabeza hacia otro lado para no seguir la conversación.

—¿Cómo?... ¿Qué dice?—inquirió Arturo, que no había oído bien—. Nosotros dos tenemos que hacernos amigos.

—¿Nosotros?... ¿Usted y yo?...—preguntó Nelly, sorprendida.

—Naturalmente... ¿Una copita?

—Ya le he dicho que no. Gracias.

—Bien, la beberé yo... Y así beberé por usted y por mí... y saldré ganando.

Nelly se reafirmó en la idea de que Arturo era un perfecto idiota.

Rosa María las había emprendido con Herreros. A todos aquellos moscones de sociedad les parecían gentes exóticas los artistas, gentes que se ganaban la vida con la inspiración de su genio y que vivían una vida completamente aparte de la que ellos hacían.

—¿Tú eres escultor, verdad?—le preguntó mirándole fijamente, como si se tratara de un ejemplar raro.

—Sí—contestó Herreros, divertido con aquella niña ingenua, de una clase de niñas a las que él no tenía costumbre de tratar.

—Me gustaría mucho ir a tu estudio, ¿sabes? ¡Sola no, claro!

—¿Y por qué sola no?

—¡Menuda fama tenéis los escultores, para que una se fin de vosotros!

—No hagas caso... ¡Qué más quisiéramos que ser como nos pintan! Pero te aseguro que somos inofensivos. ¡No mordemos!

Rosa María se rió, con esa risa vacía de mujeres que no saben qué contestar.

—¿Por qué no bailamos? — preguntó Anita, que se empezaba a aburrir sin movimiento.

—Eso, eso. ¡Música!... ¿No hay un gramófono?

—Sí, sí, a bailar... Un disco, Gustavo, por favor.

—Que toquen el piano.

—No, no, un disco y así podemos bailar todos.

—Me parece que Arturo ya está dispuesto—comentó Juan Antonio, viendo que Arturo seguía bebiendo copa tras copa y ya tenía los ojos completamente turbios.

—¿Quién está hablando de mí? Algún insecto, seguramente... Estamos hablando de la teoría de un nuevo arte.

Comenzó a sonar el disco en el gramófono. Gustavo se acercó a Elena y le preguntó:

—¿Bailamos?

—Bien.

Ella tomó en sus brazos y comenzaron a bailar. Otras parejas se fueron for-

mando. Todos se dejaban arrebatar por el torbellino del baile, por la cadencia de la música.

Únicamente Enrique se abstuvo de ir a buscar a ninguna de las muchachas para bailar. Miraba todo aquello con mirada extraña. No comprendía aquel ambiente ni se sentía bien en él. Le eran gentes más extrañas que los negros de las plantaciones en el interior del África.

Sylvia, que no le quitaba los ojos de encima desde que había llegado, le dijo, ofreciéndole lugar a su lado:

—¿Por qué no se sienta?

—Gracias... No me daba cuenta de que estaba en pie.

—¿No baila?

—No.

—¿Qué bonito color tiene usted!... ¿Toma baños de sol?

—Sí... a la fuerza... y a seis grados de la línea—replicó Enrique, sonriendo un poco irónico.

—¿Cómo?... —inquirió Sylvia, sin comprender bien lo que quería decirle.

—Sí... en Guinea. Allí se tuestan hasta los cocodrilos.

—Pues es un color maravilloso... Y con los ojos oscuros resulta espléndido, realmente espléndido.

—¡Ja, ja!—rió Enrique forzosamente, no queriendo aparecer grosero, pero con unas ganas enormes de marcharse lejos, muy lejos, donde no pudiera alcanzarle tanta sandez, tanta tontería.

tanta trivialidad, tan poco juicio...

Ordóñez paladeó el vinito que habían traído y comentó en voz alta:

—No está mal este vinito burgués, pero me gusta más el de la bohemia artística.

—Los señoritos ya se han metido en juego...—comentó Artal al oído de Sylvia.

—Pues se la voy a estropear—contestó ella, mal intencionada.

Y, levantándose decidida, cruzó el salón, paró el gramófono y dijo, mirándoles a todos:

—¿Por qué no hacemos un poco de música seria?

—¡Hombre, música! ¿Pues no era música lo que estaba tocando?—preguntó Antonio, contrariado de tener que dejar de bailar.

Sylvia le miró con una mirada glacial y, sin responderle, dijo al músico:

—Agustín... ¿quieres hacer el favor de tocar alguna de tus piezas favoritas?

Agustín no se lo hizo repetir dos veces. Era un apasionado del piano y no se cansaba de tocar y tocar, siempre que le dejaran escoger a él lo que había de ejecutar, pues lo hacía según su propia inspiración y según el momento psicológico que atravesaba.

Se sentó al piano y las parejas, desahaciéndose de mala gana, fueron sentándose en torno al salón.

—¡Ya nos hemos caído! —suspiró

Antonio al oído de Anita—. ¡Menudo tostón nos espera!

Agustín comenzó a tocar. No era posible que los concurrentes pudieran comprender ni la grandiosidad de la música de Beethoven, ni la delicada armonía mozartiana, ni la profundidad de un Bach, ni el lamento melancólico de Chopin.

Bestezaban con disimulo y suspiraban por los inarmónicos acordes del jazz, por los bailes negros de moda, por las contorsiones y los gritos extraños que los semejaban más a los salvajes, jellós, que se creían los más civilizados de la creación!

El pianista se había embriagado de música y no cesaba de tocar, arrebatado por el arte, con ese afán con que, cuando estaba frente al piano, ponía siempre Agustín, olvidándose de todo cuanto le rodeaba y, a veces, olvidándose incluso de sí mismo, como si la armonía le arrebatara su personalidad y sus dedos obedecieran al conjuro mágico de los grandes maestros desaparecidos.

Gustavo se había sentado al lado de Elena y le dedicaba toda su atención. Tampoco él, hoy, escuchaba la música. Estaba dado en cuerpo y alma a la conquista de aquella chiquilla, que parecía fácil y que tenía muchos millones. Además, como un nuevo regalo, era bonita, y una mujer bonita siempre atraía la atención de Gustavo. De



Gustavo y de todos los hombres de buen gusto.

Arturo, en cambio, se había empeñado en conquistar a la inasequible Nelly y le hablaba al oído, diciéndole quién sabe qué barbaridades y qué sandeces, porque ella escuchaba sin poner atención en sus palabras y se dejaba llevar por la olenda de armonía, sintiendo que su alma se tornaba más grande al escuchar aquellas notas arrancadas al piano por la mano maestra de Agustín. Pero Arturo no cejaba. Poco a poco, su simpatía innata, aquella misma inconsciencia que ponía en todos sus actos, aquella palabrería hueca, sin sentido, pero graciosa y picaresca a ratos, fueron venciendo el orgullo de Nelly, que acabó mirándole y riendo a hurtadillas, divertida por aquel niño que se las quería dar de hombre y que no lograba salir de la primera infancia.

Herreros, Rosa María y Antonio distraían el aburrimiento que les producía la música sería charlando y bebiendo en un rincón, procurando hacer el menor ruido posible, para no estorbar a los que escuchaban de veras.

¿Pero había alguien que escuchaba de veras en aquel estudio de artistas? Aquella noche parecía que, con la llegada de los aristócratas, el arte había tocado retreta y nadie lo sentía por parte alguna. El único era Agustín, y éste porque estaba de espaldas al pú-

blico y no podía distraerse contemplando todos aquellos rostros que expresaban unos alarrimiento, otros cansancio, otros deseo incontinido, otros el efecto que comenzaba a ejercer en su ánimo el vino que de continuo iban bebiendo.

¿Y Enrique? ¿Escuchaba la música? ¿Se dejaba arrebatar por el arte? ¿Se aburría? ¿Estaba cansada de aquella reunión? ¿O gozaba del ambiente y se bañaba en la armonía que del piano emanaba? Nadie hubiera podido penetrar sus pensamientos. Su rostro estaba hermético. Y Sylvia, que no le quitaba los ojos de encima, observándole atentamente, pensó más de una vez que Enrique estaba ausente, que su espíritu divagaba por quién sabe qué regiones desconocidas... Acaso el rincón de Guinea en donde pudiera haber dejado algo más que sus intereses materiales.

Enrique no estaba ausente. Le desconcertaba la insistencia de la mirada de Sylvia. Le fastidiaba aquella reunión. Le indignaba el proceder poco correcto de Gustavo, al que veía asediado materialmente a Elena, y había observado cómo Gustavo había ido acercando disimuladamente su brazo al brazo de Elena y cómo, al fin, se había decidido a acariciarlo suavemente con su mano.

Aquel no era ambiente para aquellas chiquillas, y Enrique se iba poniendo cada vez más nervioso, cuando recorría

el salón con sus ojos y veía los diversos grupos formados por los que con él habían venido, mezclados a los que ya estaban allí al llegar y que, a ojos vista, no eran ni de su misma clase, ni de su misma educación, ni mucho menos de sus mismos principios morales.

Aunque Enrique sonrió al pensar esto último, pues la sociedad se hallaba de tal forma mezclada que ya él no podía discernir cuáles eran los principios morales de toda aquella gente y que acaso fuera él el equivocado y tuvieran más base los de los artistas que los de todos aquellos "niños bien" saturados de amoralidad bajo la influencia de lecturas perniciosas y del medio ambiente en que se desarrollaba su juventud, que se marchitaba en el aire enrarecido de los salones y en el ambiente intoxicado de los cafés y de las casas de té.

Ordóñez bostezaba sin recato. Arturo se levantaba a cada rato para beber una nueva copita. Ana y José Antonio cuchicheaban. Todos tenían el ahurrimiento pintado en el rostro. Menos aquellas que estaban más interesadas en un juego peligroso, como eran Gustavo y Elena, Herreros y Rosa María, Sylvia, toda entregada a la contemplación del forastero, que casi, casi parecía un extranjero entre ellos.

Cuando Agustín terminó una de las piezas que había tocado, rompieron to-

dos los presentes en grandes aplausos, con el fin de interrumpir aquel desbordamiento de música y lograr volver a la alegría que antes reinaba, rompiendo aquella seriedad de que habían tenido que hacer gala durante un lapso de tiempo demasiado largo para su paciencia.

—¡Magnífico!—exclamó Elena—. Me ha gustado mucho... mucho...

Y Enrique se preguntó qué era lo que había gustado a Elena, ¿la música, o lo que Gustavo le había estado diciendo al oído durante todo el rato?

Como contestando a aquella muda interrogación que Enrique se había formulado, Elena añadió:

—Toca muy bien, ¿verdad? ¿Me ha gustado mucho como toca!

—Sí, Agustín es un gran artista, el mejor de todos nosotros—afirmó Gustavo sin esfuerzo, pues estaba convencido de lo que decía.

—¿Vamos a poner otro disco?—interrumpió Rosa María, temerosa de que ante los elogios, Agustín volviera a comenzar de nuevo con aquello que ella consideraba la mayor lata que se podía dar en un salón.

—Sí, sí, así alternamos—añadió Anita que, como Rosa María, estaba ansiosa de baile.

—Eso, muy bien—dijo Antonio, yendo hacia el gramófono y poniendo un nuevo disco, sin esperar el consentimiento de las demás.

Agustín se levantó del piano y les miró irónicamente... ¡El baile! Aquello era lo único que sabía comprender aquella cuadrilla de chiquillos tontos... ¡Lástima de haber tocado para ellos! ¡Lástima, no, porque él había gozado, y esto le bastaba al gran artista que era Agustín!

Gustavo volvió a enlazar a Elena por el tallo y la arrastró consigo a bailar. Antonio quería bailar con Rosa María, pero ya ésta daba vueltas y vueltas en brazos de Herreros, que le había tomado la delantera. Arturo consiguió que Nelly le concediera aquel baile. Y Anita bailaba con Vega que, como no era artista, prefería también vultear al compás de un vals o de un fox a escuchar las graves armonías que otras noches le entusiasmaban.

Hoy era una noche extraordinaria para todos: los aristócratas se sentían un poco bohemios; y los artistas gozaban viendo cómo la alta sociedad quería imitar su vida, su modo, su clima, envidiosos de la libertad que ellos gozaban y que no podrían tener nunca, aunque se empeñaran en ello, las clases elevadas, sometidas siempre a todos los prejuicios y leyes sociales.

Sylvia miró a Enrique con ojos lánguidos y le preguntó:

—¿Vamos a bailar también nosotros?

—Yo apenas sé... No bailo nunca.

—No importa... ¿Vamos? —insistió ella.

—Si no importa... como usted quiera...

Salieron a bailar. No bailaba mal Enrique, pero le faltaba práctica y, sobre todo, le faltaban ganas de bailar. Aquello, a él, no le divertía.

Alberto se acercó a Agustín, que se había quedado en un rincón viéndoles a todos con un poco de desprecio, y le dijo, ofreciéndole una copa:

—Has estado espléndido, chico, pero con todos estos no se puede.

Y él mismo no sabía si el pianista había estado espléndido o no, porque no le había escuchado; pero el vinito le ponía contento, y cuando Alberto estaba contento, tenía siempre una frase de halago para todo el mundo.

—Es que vosotros no habéis venido a oír música, sino a divertirnos — replicó Agustín, al que no se le escapó el verdadero estado de Alberto.

Elena, que seguía bailando con Gustavo, pasó cerca de ellos y exclamó, riendo, pero en el fondo un poco alarmada:

—¿Tú bebiendo, Alberto?... ¿Y coñac?... ¡Vas a acabar mal!

—Ya ves... Si acabara bien, dejaría de ser yo—replicó él, riendo también.

La alegría se iba haciendo cada vez más ruidosa. Los bailes se sucedían y se abrían nuevas botellas de licor. El ambiente se caldeaba. Los muchachos





—y antes que el guante a la dama  
un bofetón le hubo dado...



—Mira, mi última copa... ¡por tu amor!



—No te vayas a pasar esta noche a estudiarlos.



Arturo se sentó al piano.



—¿Me permites que me apoye en tu brazo para subir?



—Sinceramente... ¿qué impresión te costó anoche de todos nosotros?





¡Oh, qué aburrida era la vida y qué desgraciado era él!



—Tú sentimental, Arturo?



—Oye, Arturo, ¿no lo decías en serio, verdad?



—Papaíta... ¡Cree! que no venías!



—Y ahora, a beber otra copa, como decía Arturo!



...se aburrían soberanamente.





—Yo creo que esa de los tiburones es un cuento,



Enrique había regresado a su cabina.



...encontró una carta...



La noche era luminosa.

comenzaban a hacer tonterías y Antonio bailó un baile cómico, imitando a un artista cinematográfico que las cintas americanas habían puesto en moda.

Los demás jaleaban al bailarín y seguían bebiendo. Elena comenzaba a estar más animada que de costumbre, y Gustavo, que lo notó, le ofrecía sin parar una y otra copa, para que la animación fuera creciendo de tono y fuera él el favorecido.

Alberto, que ya estaba borracho, miraba a Gustavo con odio, porque se daba cuenta de que le quería robar a Elena, y Alberto tenía hoy la borrachera de que Elena había de ser para él, y sólo para él.

Elena discursaba por todo lo alto, mirando a Gustavo con unos ojos brillantes y saltarines y con una facilidad de palabras tan grande, que ella, que era de por sí parlanchina, no se reconocía a sí misma. Nunca había estado tan acertada, ni tan dicharachera, ni le habían venido a la imaginación tan atropelladamente las ideas.

Gustavo le pasó el brazo alrededor de la cintura y la atrajo a sí. Enrique vió el gesto y contrajo los labios con amargura. Aquello era repugnante. Si la sociedad estaba así, que le dejaran a él quedarse en su rincón de África, entre fieras y salvajes que tenían más civilización y, sobre todo, más dignidad que todos los que le rodeaban en aquel momento.

Hubiera querido coger a la hija de don Julio y arrancarla de aquella casa, pero pensó que no era él quien para hacer semejante acto. Y esperó.

Arturo se sentó al piano y se armó el gran cacándalo cantando todos a coro una estúpida canción.

Elena, arreboladas las mejillas, brillantes los ojos, exaltada, alocada por la música, dispuesta a divertirse a más y mejor, puesto que para esto habían venido al estudio de Gustavo, se desprendió del brazo de éste, fué al centro del salón, dió un empujón a Antonio y le dijo con una gran carrajada:

—¡Quita de ahí, tonto!... ¡Si tú no sabes bailar!... Verás ahora... ¡Música, Agustín, música! Pero no de la que a ti te gusta... ¿sabes?

Agustín se sentó al piano y tocó un baile moderno. Elena comenzó a bailar con los mismos gestos y las mismas procacidades con que había visto bailar en el cine a las muchachas de revista, y todos la jaleaban, armando una algarabía de mil diablos.

Elena se iba animando cada vez más en las vueltas y revueltas de su baile. Hacía guiños picarescos a los muchachos, cuando pasaba ante ellos, y Arturo, Alberto, Juan Antonio, Herreros, Vega, todos, en fin, se los devolvían sonriéndole, todos atraídos por aquella mujer bonita, que acaso ahora estaba más bonita que de costumbre, porque se mostraba con más procacidad, exal-



tada por el vino y por el momento.

El único que no le devolvió el guiño fué Enrique, que apartó de ella los ojos con desprecio. Una mujer como Elena, no debía rebajarse a aquellas cosas, que eran lúgubres para chicas de cabaret, pero no para una muchacha distinguida.

En cambio, Gustavo, que también había bebido demasiado y que llevaba toda la noche asediando a la hija del millonario, se acercó a ella e intentó besarla.

Defendióse Elena levemente, tanto, que Gustavo le alcanzó un hombro con sus labios; pero Albertito se abalanzó sobre él como una fiera y de un manotazo lo apartó de Elena:

—¡Tú no besas a esa mujer!—gritó violento, como si acabaran de inferirle a él personalmente una grave ofensa.

—¡Albertito!—exclamó Elena queriendo contenerle, pues veía que se iban a enzarzar en una pelea seria.

—¡Está borracho!... ¡Detenedle!—gritó Anita, asustada.

—¡Pero, Albertito, por Dios!—dijo Rosa María, queriendo interponerse.

Gustavo se volvió airado, arreglándose la ropa que Alberto le había arrugado y murmuró, apretando los dientes:

—Si no sabe beber, que no beba...

—¡Canalla!—rugió Alberto, queriendo arrojarle sobre él de nuevo.

Pero los demás lo detenían fuerte-

mente y le imposibilitaban todo movimiento.

—¡Canalla!—repitió, viéndose impotente para tomar venganza en aquel momento—. ¡Cuando yo te coja...!

—...¿Tú?... ¡Pffff!—desdenó Gustavo, lanzándole a la cara la exclamación como un insulto.

—Vamos, vamos, calmaos—intervino Herreros—. No ha sido nada. ¡Venga música! ¿Verdad, Rosa María, que lo que falta es música?

—¡Sí, sí, venga música!—replicó Rosa María, yendo al gramófono y poniendo otro disco, para ver si lograba calmar los ánimos.

Elena se había quedado mirando, un poco desconcertada, a todos. Aquel incidente parecía haberla serenado de súbito, y era como si acabara de darse cuenta de toda su locura, de su irreflexión, de su inconsciencia, y se avergonzara de su proceder, que no estaba de acuerdo ni con su temperamento, ni con su educación, ni con los más elementales principios que se le habían inculcado.

Miró a Enrique como si buscara en él un apoyo; pero Enrique estaba serio, reconcentrado, con una copa en la mano que, al apretarla fuertemente entre sus dedos, se le hizo añicos. Se le veía que sentía ansia de empezar a pelear con todos, de coger un látigo y hacer como hizo Jesús con los mercaderes del templo; pero él sacaría a la-

tigazos de aquella casa a todas aquellas chiquillas que, por dárselas de "modernas", se ponían al borde del abismo y jugaban a ser mujeres fatales, sin darse cuenta de que el juego era peligroso y que el más pequeño resbalón podía ser fatal para ellas, ¡imbéciles, niñas tontas! ¡Mujeres fracasadas por una educación errónea! Todas ellas, Elena, Anita, Rosa María, todas, podían ser unas mujeres cabales, sin dejar su juventud ni su alegría, ni el poquillo de inconsciencia que traen consigo los pocos años; pero no querían ser como... Enrique se detuvo en su pensamiento, pero a pesar de él, el pensamiento cuajó en palabras... como las golfas, eso, sí, señor, como las golfas...

—¡Lili, anda, vamos a bailar! —gritó Rosa María, viendo que Elena no salía de su ensimismamiento.

—No — contestó Elena secamente, poniéndose muy seria de pronto—. Vámonos ya.

—¿Qué tontería! ¡Marcharnos ahora que nos divertimos tanto!

—¿Por qué os vais a marchar tan pronto?

—¿Por ese incidente?... ¡Pero si eso no tiene importancia! —exclamó Gustavo, acercándose de nuevo a Elena con intención de bailar con ella.

—No... He dicho que nos vamos, y nos vamos. Es muy tarde ya —añadió Elena con energía.

Y luego, volviendo de nuevo el rostro a Enrique, buscando en aquel ser impenetrable un apoyo moral que en aquel momento necesitaba como nunca, le preguntó, sonriéndole:

—¿No te parece, Enrique, que ya es hora de marcharnos?

—Como tú mandes —contestó Enrique con frialdad.

Elena se mordió los labios y preguntó a Arturo:

—¿No crees, Arturo, que debemos marcharnos?

—Hijita, tú eres la voz de la conciencia... Lo que tú digas haremos todos... ¿Pero quién va a conducir el coche?

—Lo llevaré yo —afirmó Enrique, que era el único que había conservado clara la cabeza, pues era el único que no había bebido más que lo justo.

—Entonces, vamos, vamos...

Gustavo les acompañó hasta la puerta para despedirles. Al dar la mano a Elena le dijo, queriendo quitar importancia a lo sucedido:

—Siento, Lili, que por una tontería os marchéis de este modo... Pero tú comprenderás que...

—No te preocupes... No tiene importancia —contestó ella, contagiada de la frialdad que Enrique había demostrado y que de pronto fué la tónica en todos aquellos muchachos y jovencitas que habían venido al estudio del pintor atraídas como mariposas por la luz y

que ahora, acaso un poco inconscientemente también, se daban cuenta de la tontería mayúscula que habían cometido.

Herreros, entre tanto, retenía entre las suyas la mano de Rosa María, y mirándola fijamente, como si quisiera suggestionarla, le dijo, insinuante:

—Ya sabes... te espero pasado mañana en mi estudio...

—No sé si podré ir... Creo que no... contestó Rosa María, reaccionando también y mostrando igual frialdad que Elena.

Enrique saludaba a Sylvia, y ésta, que no había logrado penetrar en lo más mínimo en el alma de aquel hombre hermético, le dijo, mirándole con sus ojos apasionados:

—Me encantaría que nos volviéramos a ver... Eres de los pocos hombres interesantes que conozco.

—Gracias... Pero no es fácil que volvamos a vernos. Saldré para Guines muy pronto. Mucho antes de lo que pensaba.

—¡Oh, lo siento! No se encuentran en Madrid todos los días hombres como tú.

—Gracias —volvió a decir Enrique, sin mirarla.

Bajaron la escalera y se quedaron solos en el estudio los artistas, que siguieron charlando y bebiendo, porque para ellos la noche apenas comenzaba.

—¡Ah!... Menos mal que han deja-

do unas botellas...—exclamó Ordóñez, dando un hondo suspiro de alivio... Toda esa pandilla no vale más que eso —añadió, despreciativo.

—Lili es una chica que está bien —exclamó Vega mirando a Gustavo—. Un poquitin despistada... pero está bien, está bien.

Gustavo se encogió de hombros desdenosamente y se tumbó en un diván, sumiéndose en el éxtasis de saborear en silencio un cigarrillo.

...

Enrique condujo el coche en silencio. En el interior iban Anita, Rosa María, Juan Antonio, Arturo y Albertito, éste hecho una verdadera cuba. Elena se había sentado a su lado.

Fueron acompañando a cada uno de ellos hasta sus respectivas casas, y luego se marcharon a la suya; pero aun cuando habían quedado solos, no cambiaron una palabra. Enrique se había encerrado en un mutismo hostil, y Elena no se atrevía a hablar. Aquel hombre le daba un poco de miedo.

Paró el coche frente al portal de la casa de Elena, bajó, la ayudó a bajar y le preguntó:

—¿Qué hago del coche?

—Cierra y déjalo. Mañana lo recogerá Juan, el chofer.

—Está bien.

Cerró la llave del contacto, zambió los



cristales y cerró bien las puertas. Luego se reunió a Elena, que le esperaba.

—Toma, ¿quieres abrir? —dijo Elena, entregándole un llavín.

Enrique abrió la puerta, cedió el paso a la señorita y entró en pos de ella.

Cruzaron el hall en silencio y comenzaron a subir la escalera. Pero a Elena le flaquearon las piernas. Había bebido demasiado. Se apoyó rápida en el brazo de Enrique, que se paró en seco.

—Perdona... —murmuró ella, tímida—. ¿Me permites que me apoye en tu brazo para subir?

—Es verdad... Perdona... Debía habértelo ofrecido —dijo Enrique, subiendo despacio para que ella pudiera seguirle.

—Me parece que he bebido demasiado...

—No tiene importancia... ¿Dónde está tu cuarto?

—Por aquí.

—Te acompañaré hasta la puerta.

La dejó ante la puerta de la habitación. Elena le tendió la mano y le sonrió.

—Temo que haya formado un concepto de mí...

—Nada de eso... No soy yo quien para juzgar tus acciones...

—Tú no me conoces y comprendo que esta noche...

—Vamos, vamos, no seas chiquilla —le interrumpió Enrique—. Vete aho-

ra a la cama y mañana hablaremos de todas estas cosas.

—Ea que... —insistió ella.

Pero él no la dejó terminar.

—Vamos, sé razonable.

—Gracias, Enrique.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Tú ya lo sabes...

—Anda, anda, vete a dormir y no pienses en tonterías —dijo él, empujándola con cuidado.

Ella, emocionada, dió un efusivo abrazo y un beso a Enrique y entró en su habitación.

Quedóse éste perplejo, parado frente a la puerta. Luego se fué a su habitación y cerró la puerta. No volvía de su asombro. Sonrió, como halagado, pero luego hizo un gesto de disgusto. ¿Qué quería aquella niña, caprichosa y antejadiza?

Suspiró hondamente. ¡Ah!, ¿qué bien se estaba en aquel rincón de la Guinea, en donde se podía vivir sin complicaciones de ningún género, y mucho menos sentimentales, que a él le molestaban sobremanera! Se prometió a sí mismo volver allí tan pronto como resolviera con don Julio los asuntos que le habían traído a la península, y después de dar cuerda al reloj y de haber dejado en orden toda su ropa, preparada para el día siguiente, se acostó, apagó la luz e intentó dormir, aunque le ahuyentaban el sueño un tropel de ideas que acudían a su mente

después de todas aquellas horas vividas entre un grupo de la "sociedad".

Al día siguiente no vió a Elena hasta después de la comida, y como don Julio estaba presente, no cambiaron entre sí más que las frases triviales de toda conversación mundana.

Don Julio y Enrique pasaron a la biblioteca para tomar el café. Bautista lo sirvió con la exquisitez que le caracterizaba, pues era el perfecto criado, que sabe bien sus obligaciones y las cumple siempre al pie de la letra, orgulloso de ser casi tan aristocrático como sus mismos amos.

Don Julio, con su llaneza simpática, ofreció a Enrique un puro, mientras le decía:

—Convénzete; después de comer, no hay naas como un buen habano.

—Si a usted no le molesta, de no ser una pipa, prefiero un cigarrillo — contestó Enrique, sonriendo.

—¡Bah! Eas son teorías de la nueva generación... Para la mía, el habano está por encima de todo... ¿Y la señorita, Bautista? — preguntó don Julio al viejo servidor.

—Martina me ha dicho que ahora baja a tomar café con los señores — replicó el criado sobriamente.

—¡Dios sabe a la hora que vendría anoche esa criatura! — aspiró don Julio.

Enrique carraspeó y miró de reojo a Bautista, que le devolvió la mirada

bajando en seguida los ojos, como si no se quisiera dar cuenta de aquella inteligencia que había entre él y el huésped del señor conde, inteligencia que demostraba un grado de confianza al que Bautista sabía bien no podía ni debía nunca llegar.

—¡Esta chica!... — siguió diciendo don Julio, que no se había dado cuenta de nada, pues había estado muy atareado azucarando su café—. ¡Esta chica me tiene preocupado! ¡Tengo ganas de que se enamore, para ver si cambia!... Pero que no se enamore de ninguno de sus amigos— se corrigió a sí mismo, como si le horrorizara la idea.

—Buenos días— dijo la voz fresca de Elena, interrumpiendo a su padre.

Venía radiante de hermosura y de juventud. El sueño le había hecho mucho bien; el descanso todavía más, y la ducha matinal había activado la circulación de la sangre y puesto en las mejillas aquel delicioso sonrosado que las hacía aparecer como una fruta madura. ¿O sería un delicado rouge, sutilmente escudado entre los mejores productos de tocador?—pensó Enrique. —No importaba; fuera lo que fuese, le sentaba maravillosamente.

Elena besó a su padre e hizo una pequeña inclinación a Enrique, mientras don Julio la amonestaba sin gran energía:

—¡Vaya unas horas de amanecer!... ¿A ti te parece bonito? ¡Y con un hués-

pod en casa!... Ya le puedes presentar tus excusas...

—No faltara más...—murmuró Enrique, muy turbado.

Elena no pareció atolondrarse. Se sentó entre su padre y Enrique y, dirigiéndose a éste, le dijo, mientras sonreía con un poco de sarcasmo:

—¿Me perdonas, Enrique?... ¿Qué tal has descansado?

—Muy bien, gracias...

—¿Cómo!... ¿Pero os tocáis ya?... ¿Cuándo os habéis hecho amigos?—preguntó don Julio, mirando a una y a otro con verdadera sorpresa.

Elena sonrió.

—Anoche, papá... ¿Verdad, Enrique?

—Sí, sí, verdad.

—¿Anoche?...—don Julio era todo incompreensión.

—Sí, anoche. Enrique, sirveme café; bien cargadito y sin azúcar... Gracias. Oye, papá, quiero pedirte una cosa.

—¿A mí?

—Señorita—interrumpió Bautista, entrando—Llaman por teléfono a la señorita, de parte de don Gustavo Hernán...

—¡Ah, sí, me había olvidado! Perdonad un momento—dijo Elena, levantándose.

—¿Pongo aquí la comunicación?

—No... No hace falta; ya voy yo.

—Date prisa, que se te va a quedar el café frío—rugó don Julio a su hija.

—Vuelvo en seguida.

Salió Elena y Enrique reprimió un gesto de contrariedad. A su imaginación agudizó toda la escena de la noche pasada entre Elena y Gustavo. Comprendía por qué su padre no deseaba que ninguno de los amigos de Elena se enamorara de ella... enamorarse de verdad, se comprende, para llevarla al altar... porque enamorados para divertirse o para burlarse... lo estaban todos.

La voz de don Julio sacó a Enrique de su abstracción:

—Así todo el día... ¡y todos los días! ¡No la dejan vivir!—decía el buen señor, que sentía la nostalgia del cariño de su hija, diluido entre tanta amistad, tanta diversión, tantas obligaciones sociales, que no la dejaban ni un segundo para dedicarlo por completo a su padre.

—Se comprende, don Julio, se comprende.

—¿Has visto los planos?—preguntó éste, cambiando de tema de conversación.

—Muy por encima—replicó Enrique evasivamente, porque, en realidad, con la salida nocturna, no había tenido tiempo de mirarlos.

—No es que corra prisa; pero tengo ganas de conocer tu opinión.

—Hoy mismo los estudiaré y te haré un informe.

—Ya te he dicho que no hay prisa. Tómame todo el tiempo que quieras. Ya



«abes que estás en tu casa y que no hay necesidad de precipitarse.

Había acabado su café y entre bocanada y bocanada de humo miró el reloj.

—¡Caramba! —exclamó poniéndose en pie—. Las cuatro ya... Vas a perdonarme, Enrique, pero tengo que salir... Me esperan para un consejo de administración.

—No faltaría más.

—Elena queda contigo. Dile que te lleve por ahí. Ella conoce un sinfín de sitios de diversión y a su lado no te aburrirás nunca. Dile que yo la delego para que te haga los honores de Madrid.

—Gracias... No se preocupe por mí, don Julio—replicó Enrique, saludando al caballero, que salió de la biblioteca dejándolo solo.

Enrique miró hacia la puerta varias veces y luego volvió la vista a la taza de café que Elena había dejado. Cuando volviera, aquel café estaría hecho sorbete. ¿Qué haría tanto rato en el teléfono? ¿Cuánta sander... o cuánta maldad estaría volando en sus oídos aquel desaprensivo Gustavo?

Se levantó y se paseó nervioso. Encendió un pitillo. Lo apagó antes de haberle sacado unas cuantas bocanadas de humo. Miró los cuadros y los libros. Al menor ruido, volvía la cabeza hacia la puerta, para ver si era ella. No sabía por qué, pero aquella larga

conversación le atacaba los nervios. No podía decirle nada bueno el que la hablaba a través del hilo. Ya había tenido ocasión de conocerle bien en el poco rato que durante la noche había estado en su casa.

Oyó, al fin, los pasos menudos de Elena, el taconeó sobre el parquet, alegre como si chocaran unas castañuelas, y fingió quedar embebido en la contemplación de un cuadro que maldito le que le importaba.

—¡Oh!... ¿Pero te has quedado solo?—preguntó Elena en un tono de niña mimada.

—Sí. Tu padre tenía que asistir a un consejo de administración.

Elena se había sentado y sorbió un poco de café. Hizo una mueca de disgusto:

—¡Está helado!

—Naturalmente... Has tardado tanto—replicó Enrique, impulsivamente.

—¿Tú crees?—preguntó Elena, mirándole maliciosamente. Enrique se mordió los labios, pues comprendió que había dado un paso en falso.

—Es que no había manera de copiar con Gustavo—concluyó Elena, sonriendo complacida.

—Lo entiendo.

—¿Tienes un cigarrillo?—le preguntó ella, tras un breve silencio, durante el cual Enrique estuvo buscando en su cerebro toda una serie de temas de conversación, sin encontrar ninguno...

—Sí, toma.

—Gracias.

Enrique prendió fuego en el cigarrillo que Elena sostenía entre sus labios y tuvo que hacer un esfuerzo para que el pulso se mantuviera firme. Aquella criatura le desconcertaba y le ponía nervioso, y él no se quería dejar dominar por aquella extraña inquietud que no tenía fundamento alguno.

Elena fumó en silencio; vió cómo se deshacían en el aire las espirales de humo que hacía salir de sus labios, y luego dijo, como si hubiera encontrado en aquella contemplación su propia inspiración:

—Anoche estuve un poco tonta, ¿verdad?

—¡Psch!...—musitó Enrique.

—Aunque mayor tontería cometió Alberto al inmiscuirse en lo que no le importaba..

Enrique guardó silencio y Elena le miró sorprendida, porque ella, lo que quería, era que hablase.

Ante aquel mutismo de su interlocutor, Elena le preguntó directamente, abordando el tema con valentía:

—Sinceramente... ¿qué impresión sacaste anoche de todos nosotros?

Nuevo mutismo.

—Tú vienes de un sitio semisalvaje, o salvaje del todo... No tienes práctica de las costumbres de aquí... ¿Llevas allá mucho tiempo?

Ahora si contesta, porque está en terreno propio:

—Sí, bastante; cerca de dos años.

—Para ver las cosas de aquí, y juzgarlas, no sé si es mejor o peor estar alejado de ellas... Nosotros las vemos todos los días, nos acostumbramos a este ambiente y no damos importancia a nada... Tú, desde lejos... no sé... Di lo que pienses, sin cumplidos, tal como lo sientes—insistió Elena, queriendo conocer la opinión de aquel hombre.

—Es difícil... precisamente por esto que acabas de decir... porque yo vengo de un país muy distinto... y las cosas, vistas desde lejos... Verás...

—Sigue, sin miedo... ¿qué?

—Pues... tus amigos— Enrique se lanzó, no sabía fingir; diría la verdad, tal como él la veía— Tus amigos, no los del estudio, sino los otros, me parecieron... una partida de inútiles parásitos de una sociedad completamente en decadencia... ¿Te molesta? — preguntó, interrumpiéndose al vez el gesto de Elena.

—Na, no, sigue.

—Los otros... no sé; yo no he tratado a ningún artista hasta ayer... Tenía formado de los artistas otro concepto, ¿comprendes? Acaso estaba un poco intoxicado de literatura. Los cuadros, las estatuas, la música, todo lo que era una expresión del arte, me ha hecho siempre la impresión de algo mágico, de maravilla, de irreal... y me

imaginaba a sus autores como hombres... no sé cómo decirte... de otra especie, distintos al resto de los mortales, superiores a todos nosotros, por encima de todas las vulgaridades de la vida... Y un lugar donde se crean las obras de arte: pintura, escultura, música... me lo imaginaba con más aires de templo que de cabaret.

—No está mal tu juicio... aunque un poco severo... Sigue.

—¿Seguir?... Ya te he expuesto mi opinión; opinión de un sensilvaño que no tiene casi trato con la sociedad, y que está completamente equivocado... ya ves.

—Bien... pero quedo yo... ¿Qué opinión has formado de mí?

—En cuanto a ti... —comenzó a decir Enrique; pero se paró bruscamente.

—¿En cuanto a mí...? —repitió ella, invitándole a seguir hablando.

Enrique se lanzó por segunda vez, como se había lanzado para juzgar a los amigos de Elena.

—Tú tuviste dos momentos: uno que me pareció bien; y otro que me pareció mal. ¿Conformes?

—Conformes —contestó ella, noblemente, como si se confesara—. Al llegar a casa me puse absurda. Te hice una escena ridícula.

—¡Ah!... ¿Sí? —preguntó Enrique desconcertado, porque le pareció que no hablaban los dos de los mismos momentos.

—¿No te lo pareció a ti?

Antes de que Enrique tuviera tiempo de contestar, apareció de nuevo Bautista:

—Señorita, el señorito Arturo la llama al teléfono.

Enrique reprimió un gesto de contrariedad y lo envolvió en la más completa indiferencia.

—Vuelvo en seguida—dijo Elena, saliendo de la biblioteca.

Enrique se quedó un momento mirando por el lugar donde ella había desaparecido. Su ceño estaba fruncido, como si en su cerebro se operara una laboriosa reacción.

De pronto, decidido, salió también de la biblioteca, cruzó el hall, llamó a Bautista.

—¿El señor manda algo?—preguntó el fiel criado.

—Bautista, diga a la señorita que he tenido que salir.

—Bien, señor.

—Dígale que... que he ido para un asunto de su padre. Eso es. Hasta luego.

—Hasta luego, señor.

Bautista le acompañó hasta la puerta y le hizo una ceremoniosa reverencia.

Elena estaba en el teléfono, hablando con Arturo y riéndose de las cosas que él le decía:

—...anda, no seas... ¿eh?... ¡Qué



ganso eres!... No, eso no... Bueno, dile que no lo tome tan por lo trágico, que no es para tanto... Sí, y que esté a las siete en el bar. Yo iré allí con Enrique. Hay que irlo civilizando. ¡Claro!... Irá también Gustavo y haremos la reconciliación... Bueno, ya está bien... basta... Que sí, hombre, que sí... Tonto... No, no... Adiós, Arturo, hasta luego...

Dejó el teléfono y se encaminó de nuevo hacia la librería, pero al cruzar el hall Bautista la detuvo:

—Señorita...

—¿Qué hay?

—El señorito Enrique me ha encargado le dijera que se ha tenido que marchar...

—¿Se ha ido?— preguntó ella, decepcionada.

—Sí, señorita. Dijo que se trataba de un asunto del papá de la señorita —explicó Bautista, mirando apesadumbrado a la niña, porque bien veía que la noticia la contrariaba.

—Está bien, Gracias.

Siguió hacia la biblioteca, sinceramente contrariada, pero antes de entrar en ella, se volvió otra vez a Bautista y le dijo:

—Oye, Bautista, vas a telefonar al señorito Arturo. Le dice que no pueda ir esta tarde a Gaviria... que tengo que ir al modisto.

—Está bien, señorita— asintió el ma-

yordomo, yendo inmediatamente a cumplir la orden.

Por supuesto, Arturo no creyó una palabra de lo que Bautista le decía a través del hilo.

—¿Que tiene que ir al modisto?...

¡Ah, bueno, bueno, que se lo cuente a su abuela!... No, no decía nada, Gracias, Bautista... Adiós.

Dejó el auricular y pensó que alguna tarántula le había picado a Elena. ¿A qué venía aquella contraorden dada cinco minutos después de haber hablado con ella y de haberse puesto de acuerdo para encontrarse con toda la peña en Gaviria?

Tenía que averiguarlo, y lo averiguaría, ¡vaya si lo averiguaría! Pues no era él quién para meter las narices en todo lo que oliera un poquitillo a misterio. ¡Huy, qué gracia, Elena misteriosa!... A buen seguro que de todo aquello tenía la culpa... Bueno, no quería anticipar juicios, pero a él le parecía que...

Cogió el sombrero y salió a la calle.

Elena mataba el tedio por todos los medios a su alcance. Empezó a leer una serie de libros, que dejaba en el acto, porque todos los encontraba aburridísimos. Se tendió un rato en la cama, para ver si podía dormir, pero como se había levantado tan tarde, el sueño no acudía a sus párpados. Se miró un rato al espejo y se peinó dos o tres veces. Se arrellanó en un sillón, dispo-

niéndose a leer de nuevo, pero no acertaba a dar con un libro que le matara el tedio. Rodó por la casa como alma en pena. Subió y bajó la escalera, sin objeto, tres o cuatro veces; cuando estaba arriba, no sabía qué hacer; y cuando llegaba abajo, le pasaba lo mismo.

Después de todas aquellas cosas miró el reloj... ¡y sólo había pasado una hora!... ¡Oh, qué aburrida era la vida, y qué desgraciada era ella! Sintió que las lágrimas le subían a los ojos, pero no quiso llorar, porque se le desrizaban las pestañas y se le quedaban los ojos horribles, a su juicio.

Creyó lo más oportuno volver a la biblioteca y buscar otro libro. Alguno habría que lograría interesarle.

Oyó el timbre de la puerta y el corazón le dio un vuelco. ¿Sería Enrique, que volvía antes de lo que ella pensaba?

Se quedó escuchando, pero no acertaba a reconocer la voz del que hablaba con Bautista.

Era Arturo.

—Hola, Bautista, ¿está la señorita? —le preguntó, entrando de rondón, como si estuviera seguro de la respuesta.

—Sí, señorito.

—¿Eres el mayordomo más simpático que he conocido en mi vida! Dile que estoy aquí.

—Gracias, señorito —sonrió Bautista.

—Voy a avisarla ahora mismo.

Arturo siguió los pasos del mayor-

domo, que se encaminó a la biblioteca.

—Señorita Elena... —comenzó a decir.

—¡Hola, Lili! —concluyó Arturo, presentándose antes de que el mayordomo hubiera podido anunciarle.

—¡Hola, Arturo! —exclamó Elena con alegría, viendo que el tedio se desvanecía como por encanto al tener a su lado alguien con quien poder charlar—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir?

—Ya ves... Intuición que tiene uno.

—Pues, me alegro mucho de que hayas venido.

—Lo sabía de antemano.

—Presuntuoso... ¿Qué vas a tomar? Trae unas copitas, Bautista.

—No, no... ¡No bebo! —exclamó Arturo con gran formalidad.

Elena soltó la carcajada.

—¿Qué estás diciendo?... ¿Que no quieres beber nada?

—¡Nada! —afirmó solemnemente Arturo.

—¿Estás enfermo?

—No... ¡Es una resolución!

—¡Bravo!... Mira, ya se me ha quitado el aburrimiento... Pero un cigarrillo sí que lo fumarás.

—Eso siempre.

Elena le ofreció un cigarrillo, tomó ella otro y encendieron el tabaco, lanzando al aire, a un mismo tiempo, una bocanada de humo.

Arturo miraba de soslayo a Elena,

como tratando de adivinar lo que le pasaba, y le pareció que no andaba descaminado en sus ideas.

Por esto le preguntó así, a boca de jarro:

—¿Y Enrique?

Turbóse Elena con la pregunta y contestó, un poco azorada:

—No sé... Ha salido... Asuntos de papá, creo...

—Ya...

Volvió a fumar en silencio. Elena no se atrevía a mirar a Arturo; en cambio, éste no le quitaba los ojos de encima.

—Y... ¿vas a estar toda la tarde en casa?—le preguntó, aparentando no tener gran interés por lo que iba a hacer.

—Ya ves... —replicó ella, con un gracioso mohín.

—¿Neurastenia?

—¡Pach!...

Arturo se acercó a ella, la miró fijamente y le dijo, guasón, mientras se llevaba un dedo a la frente:

—Me parece que estás un poquitín...

Elena sonrió.

—¿Verdad?... Sí, he adivinado...

—¿Cuántos años hace que nos conocemos tú y yo?

—¡Un horror!... ¡No hagas sentirme vieja!

—Debe hacer lo menos quince... Sí, verás... ¡Justo!... Cuando terminó la Gran Guerra el año 18, coincidimos tu

padre y yo en Bilbao, por un asunto de carbones... Tú eras un renacuajo entonces... ¿Te acuerdas?

—Sí—replicó Elena, animada por el recuerdo—. Y me acuerdo muy bien de una vez que me llevaste a las Arenas. ¡Pasé un día estupendo!

—Estabas guapísima.

—Yo iba entusiasmada...

—Nos hicimos muy amigos, ¿verdad?

—Sí, simpatizamos en seguida.

—Luego te perdí de vista una temporada muy larga... cuando marchaste a América con tu padre.

—Sí.

—Cuando volviste de allá, eras toda una mujer, ¡tenías quince años!... Desde entonces, no hemos dejado de vernos casi a diario, ¿no es cierto?

—Sí... Estás hoy para evocar el pasado—murmuró Elena, un poco irónica.

—Los recuerdos son siempre dulces, aunque tengan reminiscencias tristes, porque decir recuerdo es decir pasado, y lo que ha pasado deja siempre su tela de nostalgia...

—¡Arturo!—exclamó Elena, asombrada de oírle hablar de aquel modo.

—Tengo en mi cuarto dos fotos tuyas... En las dos estás guapísima... Una es de cuando te conocí en Bilbao... La otra, de cuando te presentaron en sociedad, con tu primer vestido largo...



—¿Tú sentimental, Arturo?... —preguntó Elena, desconociéndole aquella vena a su amigo.

—Ya ves... en poquito... El sentimentalismo, en los demás, siempre nos parece un poco ridículo... Sólo cuando lo sentimos nosotros mismos, comprendemos que puede tener raíces hondas... Si tú quisieras...

—¿Qué tengo yo que querer?

—Verás... —comenzó a decir.

Se calló, como si le costara un gran esfuerzo seguir hablando.

—¿Tímido también? —rió ella, con la picardía que le saltaba del fondo de los ojos, porque no podía tomarse en serio a Arturo.

—Sí, también tímido... Es difícil cambiar el tono con una persona a la que se ve a diario... y con la que siempre se ha hablado en broma, como en un juego... Pero tú, que eres una mujer inteligente, tienes que haberte dado cuenta de que me gustas enormemente... y... de que... ¡de que te quiero, Elena!

—¡Arturo!

No sabía si echarlo a broma o tomarlo en serio. Aquella declaración era lo que menos se esperaba. ¡Y en aquel momento! Le pareció que si lo tomaba en serio y daba una negativa, iba a perder a un amigo al que estimaba de veras... Prefirió tomarlo a broma, y soltó una de esas carcajadas tan feme-

ninas, que todo lo desconciertan, sin estropear nada.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Arturo, te felicito! Has inventado esta escena, para quitarme el aburrimiento... ¡Eres formidable!... Puedes estar seguro de que te ha salido a maravilla y que has logrado tu intento... ¡Ja, ja, ja!... ¡Arturo enamorado!... ¡Pero si a ti te gustan todas!

Arturo recostó en el respaldo del sillón su cabeza y cerró por un momento los ojos.

Elena le miró. Se había quedado muy pálido y tenía los labios contraídos. El sintió la mirada de ella, abrió los ojos, sonrió, levantóse y dio unos pasos por la habitación, como si quisiera recuperar su calma.

Le siguió ella con la mirada y, acercándosele cautelosa, le preguntó con la voz grave:

—Oye, Arturo... ¿no lo decías en serio, verdad?

Paróse él, la miró fijamente y replicó con otra pregunta:

—¿Y si lo fuera?

—¡No! —replicó ella, asustada.

Arturo hizo un esfuerzo sobre sí mismo, se compuso una actitud, y ahora fue él quien soltó una carcajada que sonó casi, casi natural:

—¿Qué cara de susto has puesto, chiquilla!... ¡No se te puede gastar una broma! ¡Veo que serviría para artista!...

Elena le miró desconcertada. ¿Cuándo le había hablado en serio? ¿Antes o ahora? Arturo no quiso soportar su mirada y fingió embeberse en la ocupación de llenar las copas, dando la espalda a Elena. Su rostro reflejaba la más intensa amargura, la falta de fe en sí mismo; pero cuando se volvió para ofrecerle a ella la copa, ya sonreía de nuevo.

—¿En qué estás pensando?—preguntó a Elena, viéndola triste, con la mirada perdida en quién sabe qué lejanías.

—En lo que me has dicho... en broma. ¿Y si no fuera broma, Arturo?—le preguntó, mirándole con gravedad.

—¿Elena! —balbuceó él, lleno de emoción.

—Déjame... No me hagas caso... No sé qué me pasó hoy... Estoy un poco aburrida...

—¿Elena!—repitió Arturo, sintiendo que alma y vida se le iban tras aquella mujer.

Afortunadamente, entró Bautista a cortar el peligroso diálogo.

—Doña Eloísa—anunció, dirigiéndose a Elena.

—Que pase.

Entró Eloísa, vestida como una niña de quince años, queriendo aparentar una juventud que hacía, ¡ay!, mucho tiempo que se había desvanecido y no ingrando con ello más que acentuar su edad.

—¡Hola, Lili! No sabía si te encontraría en casa... pero he querido venir para ultimar los detalles de tu *garden party*. Tenemos que ultimar muchas cosas y se acerca el día. ¿Usted será de la partida, Arturo?

—No sé... ¿De qué se trata?

—De pasar el día de mi cumpleaños en El Robledal. Vendrán todos mis amigos—exclamó Elena.

—¿Ah!... ¿Irá también... Enrique?—preguntó Arturo, con marcada intención.

—¿Enrique?... No sé... Supongo... No sé si querrá—murmuró Elena, mirando con azoramiento a Arturo, pues le pareció que éste había penetrado hasta lo más íntimo de sus sentimientos.

...

Salieron en dos coches todos los amigos de Elena, desde casa de ésta, para dirigirse a El Robledal, la finca que don Julio tenía a pocos kilómetros de la ciudad para su retiro y esparcimiento y que era un verdadero parque, maravillosamente cultivado.

Por supuesto, Enrique iba entre ellos. Había tenido que aceptar la invitación porque, siendo huésped de don Julio, no podía excusarse en modo alguno...

Iba, pero iba a regañadientes. Toda la peña de amigos de Elena le daba la sensación de tenerlos sentados en la boca del estómago... ¡y, claro!, era un peso demasiado pesado para soportarlo con cara alegre.

Cuando llegaron a la finca, se despararramaron por los jardines, como una bandada de pájaros largo tiempo encerrados en una jaula y a los que se diera de pronto la libertad.

Por todas partes se oían risas, charlas, canciones. La alegría de la juventud lo llenaba todo.

Sólo Enrique vagaba solo por las avenidas más apartadas y rehuía encontrarse con aquellos muchachos insustanciales, que a cada palabra repetían los eternos estribillos: "Estopendo", "Colosal", "Brutal", "No es mi plan", "Tenemos plan", "Esto sí que es plan"... Como si en el idioma español no hubiera otra palabra con la que expresar lo que ellos querían decir con aquellas cuatro o cinco con las que llenaban todas sus conversaciones.

Elena se alejó del grupo, fue en busca de Enrique y le invitó a montar a caballo. Hicieron un largo galope en silencio. Luego retracendieron, marchando a pie y llevando tras sí a los caballos. Enrique no desplegaba los labios, y Elena estaba rabiosilla de no poder domar, como los domaba a todos, a aquel hombre que no le hacía caso y

que, acaso por esta misma razón, despertaba más y más su interés.

—¿Qué te pasa, Enrique? — le preguntó, tras un gran rato de silencio—. ¿Estás disgustado?

—No, Elena.

—Como siempre te quedas aparte... como si hubieras de todos nosotros...

—Es que... Perdona... Me siento distinto...

—¿Distinto?... ¿Por qué?

—Distinto... sí. Por lo menos, no os entiendo... mejor dicho... no los entiendo...

—¿A quiénes?—inquirió Elena con interés.

—A Arturo, a Pablo, a Albertito, a Gustavo... Todos están jugando alrededor tuyo y tú juegas con ellos como quieres, como si fueran peleles.

—¡Oh, no tanto!— exclamó Elena, halagada por lo que Enrique acababa de decirle—. Y aunque así fuera... inquirió, coqueta y tentadora.

—Yo creo que el hombre es quien debe dirigir siempre... y no estar a expensas de los caprichos de una mujer... por guapa que sea—afirmó Enrique con energía.

—¡Ah, vamos! ¡Tú eres un anticuado!—rió Elena—. Eres de los que creen que la mujer debe pasarse la vida en casa, zurciendo los calcetines...

—No; eso no... Pero, bueno, yo me entiendo — exclamó, impacientándose, porque no le había pasado nunca títu-



besar cuando quería exponer una idea, nunca hasta que se había puesto a hablar con aquella criatura que lograba desconcertarle, sin saber por qué. Quiero decir que... si la mujer domina al hombre, ¿cómo puede llegar nunca a ser su mujer? Es un contrasentido, que yo no acierto a explicarme... Es la mujer la que se ha de sentir amparada en el matrimonio, la que se ha de sentir fortalecida por el marido, la que ha de dejar toda la responsabilidad de la vida que pesa sobre los hombros de él, aunque ella le ayude a soportar la carga con su dulzura y su mansedumbre y su amor... A ti, claro está, no te parece todo esto bien, porque estás acostumbrada a dominar, porque desde pequeña has debido hacer siempre lo que te ha parecido, y todo el mundo ha girado alrededor tuyo... alrededor de la niña mimada de un hombre rico... y no has logrado hacerte una mujer de verdad... sigues siendo la niña mimada de un hombre rico... ¡y éste es tu peor defecto!

Como si hubiera hablado mucho más de lo que quería, Enrique, sin esperar contestación, se alejó a grandes pasos, sin volver la cabeza, como si quisiera demostrar así a la niña mimada del hombre rico que con él no rezaba aquello y que no se dejaba dominar ni por los millones del padre ni por los caprichos locos de la hija.

Antes de comer, y cuando Elena es-

ta en sus habitaciones preparándose para bajar al comedor, entró la doncella con un gran ramo de flores silvestres.

—Me lo ha dado el señorito Enrique para la señorita—dijo la doncella, al entregárselo.

Elena lo tomó con emoción. Aquel ramo era el más sencillo de todos cuantos había recibido aquel día, era el regalo de menos valor de todos cuantos en su obsequio le habían hecho sus amigos, y, sin embargo, ella miraba aquellas flores sencillas con los ojos húmedos de lágrimas, como si fueran ellas las que le trajeran la más íntima alegría, una de esas alegrías tan dulces, tan dulces, que casi hacen daño al corazón.

Leyó la tarjeta que venía acompañándolas. Decía sencillamente:

*He recogido estas flores de tu jardín para ti. Que se cumplan tus deseos. Enrique.*

Sonrió Elena con esa infalible sonrisa de quien acaba de recibir la mejor sorpresa de la vida, y ahorcando con su mirada todas las flores que había en su habitación, se detuvo largamente en el ramo de Enrique, como si éste fuera el que le llevara todas sus complacencias.

La esperaban todos en el jardín, en donde estaba servido el aperitivo. Elena

se adelantó hacia sus amigos radiante de felicidad:

—Gracias, gracias a todos... Me habéis llenado de regalos preciosos. Muy bonito el tuyo, Rosa María, y el tuyo, Anita, muy original... y todos... os lo agradezco mucho.

Iba dando la mano a todos en acción de gracias. Cuando llegó a Enrique, le miró fijamente y le dijo en voz más baja y conmovida:

—Muchas gracias por tus flores, Enrique.

—Por las tuyas, dirías... Las cogí de tu jardín...

—Eres un poco extraño... Pero es el regalo que más me ha gustado, te lo aseguro.

Sonó en aquel momento un claxon a la puerta del jardín.

—¡Oh, es papá! —exclamó Elena, corriendo hacia él para darle la bienvenida.

Don Julio bajó del coche casi en brazos de su hija, que se había arrojado a su cuello con vehemencia:

—Papá!... ¡Cree que no venías!

—¿Cómo no iba a venir, siendo hoy tu fiesta? ¿Contenta? —le preguntó, tomándole la carita en su mano.

—Mucho, papá, mucho —replicó Elena, sincera.

Cogidos del brazo se encaminaron hacia donde les estaban esperando todos los invitados.

—Buenos días a todos... ¿Cómo estás, Eloísa? ¿Y tú, Fidel?

—¿Una copita, don Julio? —ofreció Arturo.

—¡Siempre serás el mismo! ¡Venga esa copa! ¡A la salud de Elena! —dijo don Julio, brindando por su hija.

Todos levantaron las copas y bebieron.

—Y ahora... el regalito —dijo don Julio mirando amorosamente a su hija.

—¡A ver, a ver! —exclamó Elena, entusiasmada.

—Aquí está —replicó el padre entregándole un fajo de papeles que Elena miró decepcionada.

—¿Y eso qué es? —preguntó.

—Las escrituras de propiedad de la factoría que dirige Enrique. La he puesto a tu nombre. ¿Dónde está Enrique? ¡Ah, bota, muchacho!... Mira, te presento a tu nuevo jefe —le dijo, mostrándole a Elena—. Creo que sales ganando con el cambio...

—El que he tenido hasta ahora era insuperable —afirmó Enrique, saludando a don Julio.

Elena se quedó mirando las escrituras, mirando a su padre, mirando a Enrique, con un gran desconcierto, y volvió a preguntar, como si no se hubiera enterado bien del asunto:

—¿Así... ahora es mía... completamente mía?

—Sí, nena, está a tu nombre —repi-

tió don Julio para que su hija se enterara.

—¡Pero esto es un regalo, papá!

—Pues todavía hay otra cosa.

—¿Más aún?

—Sí; algo que quizá no tenga tanto valor material como la factoría, pero que para mí representa algo mucho más grande y mucho más hondo que todas las riquezas humanas... Es la pulsera que le regalé a tu madre cuando nos casamos... Nunca me he separado de ella desde que nos dejó... Ha sido como mi mascota... Tómala... y que la sea para ti desde hoy... De todo cuanto poseo esto es lo que más aprecio... Yo mismo se la quité del brazo antes de que se la llevaran para siempre...

Don Julio estaba conmovido, honda y sinceramente conmovido y su voz, temblorosa, hizo emudecer a todos en aquellos momentos de emoción.

Elena le abrazó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Papaito!

Pero papaito no quería ver triste a su hija y, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, le dió unas palmaditas en la mejilla y dijo, bromeando:

—¡Y ahora a beber otra copita, como diría Arturo!

Todos rodearon a Elena para ver la joya. Era una maravilla y, por encima de su valor material, estaba su valor

intrínseco: era, más que una joya, una reliquia.

—¡Es preciosa!

—¡Qué brillantes tan claros!

—¡Qué trabajo tan perfecto!

—¡Vaya un padre espléndido que tienes!

—¿Verdad que sí?—replicó Elena, satisfecha y dichosa—. ¿Qué me decía de mi factoría?

—Mira, toma, aquí están todos los planos y un álbum de fotografías de allá — dijo don Julio entregándole un grueso paquete.

—¿Fotografías de la factoría? ¡Oh, a ver, a ver!... Mira... ¡África! — exclamó Elena, comenzando a hojear el álbum—. ¿Qué te parece, Arturo?

—Es muy mono — replicó éste, al ver el paisaje fiero y severo de la Guinea, en un tonillo de burla que molestó a Elena.

—No seas tonto...

Apareció un retrato de Enrique en traje de cazador africano.

—¿Está guapo! — comentó Rosa María.

—¿Y a quién ibas a matar con todo ese atuendo? — preguntó Anita.

—¡A un tigre!... ¡Pues no lo ves tendido a los pies de Enrique! — exclamó Rosa María con creciente admiración.

—¿Y lo mataste tú?

—¡Qué emocionante!

—¡Qué valiente!



—Eso es cazar... y no lo que hacemos aquí, que vamos tras las perdices y ya nos sentimos héroes.

Cada uno hacía un comentario distinto. Doña Eloisa dió un gran suspiro de admiración, y volviéndose a Elena, le preguntó:

—¿Y tú vas a ir allí?

Elena se quedó suspensa y de pronto tuvo una idea genial. Si quería ir allá. Quería ver sus propiedades. Abrazó a su padre y muy melosa le dijo:

—Papaíto... yo quiero ir a la Guinea.

—¿Qué dices? ¿Tú estás loca!—exclamó don Julio, sobresaltado.

—Nada de eso, papá... ¿No es natural que quiera visitar mis propiedades?

—Pero si aquello es un clima infernal... Pregúntaselo a Enrique, que lo conoce bien.

—¿Verdad que no, Enrique? ¿No has vivido tú allí dos años? ¿Por qué no he de poder ir yo unos días!—exclamó Elena a la que la negativa paterna arrojaba más el afán del viaje—. Anda, papaito, sé bueno y dime que sí.

—¿Que no, hija, que no, que eso es una locura tuya!

—¡Huy, huy, huy!—murmuró Arturo por la bajo—. ¡Irás, ya lo creo que irás!... ¡La niña se ha enesprichado...! ¡Irás su padre... y todos nosotros, si ella se empeña!

—Vamos, papá, no seas malo y dé-

jame ir — insistía Elena poniendo en juego todos sus recursos de mimo y salamería.

—Que no, hija, que es una temeridad... Tú no estás acostumbrada a las inclemencias de la naturaleza.

—Anda, papá... Mira, el yate está aburriéndose en Tenerife... Lo cogiamos allí y costeando... ¿eh? ¿Qué te parece?... ¡Podríamos ir todos! ¡Sería divertidísimo!

—¿No lo decía yo? —murmuró Arturo al oído del que estaba más cerca suyo—. Cómprate un salakof, porque es seguro que nos vamos todos a tostar a la Guinea...

\* \* \*

Fué lo que Arturo había pronosticado. Elena se salió con la suya. Su padre no tenía un no para aquella chiquilla mimada y caprichosa, que jamás había visto una contrariedad, porque el dinero de su padre vencía siempre todos los obstáculos.

Unas semanas más tarde, el yate de don Julio, cargado con toda la caravana de amigos y amigas de Elena, surcaba las aguas del Atlántico rumbo a la Guinea española.

Enrique no había visto con buenos

ojos aquella excursión. A él no le gustaba que tomaran a guasa una tierra que era tierra de trabajo, de sacrificio, de esfuerzo, y que había que quererla, como la quería él, para comprenderla y saberla apreciar en su justo valor.

A bordo se daban fiestas continuamente, para entretener el ocio de los pasajeros y Enrique, siempre que le era posible, se escabullía de los salones para subir a cubierta y contemplar el horizonte sin fin.

Aquella noche, Elena le había seguido, y le preguntaba con insistencia por menores del lugar que iban a visitar, de aquel lugar que tanto había influido en el ánimo de Enrique, transformándolo hasta el punto de que parecía un extranjero en su propia tierra, pues llevaba en el alma el espíritu de un país colonial que se había apoderado de él con toda la fuerza de una ruigambre firme.

—...sí, aquello es distinto de todo lo que hemos dejado—explicaba Enrique, como en un sueño—. Es más tranquilo, y al mismo tiempo más intenso. La vida allí es dura, pero tiene más hondas compensaciones. Hay días en que no se para y acabas rendido, agotado por el clima abrasador y por la nostalgia de la patria lejana. Otros, en cambio, van dejando pasar las horas lentamente en la más perfecta armonía y el alma parece sublimizarse, compenetrada con la grandiosidad de la naturaleza...

Cuando llega la noche la selva despierta, vibra en ella toda la palpitación salvaje de las fieras en celo, de la lujuriante vegetación que constantemente florece y se renueva, el aire se llena de perfumes penetrantes y de gritos extraños... y también uno siente el ansia de gritar o de correr, como si estuviera poseído de una locura indómita... Sobre los ruidos imprecisos que llenan la selva, suena el tan-tán de las indígenas y todo es tan exótico que produce en el alma un tumulto de sensaciones diversas... Es difícil explicar lo que es aquello.

—Sí, debe ser maravilloso... — murmuró Elena, embriagada por las palabras de Enrique.

—Maravilloso... y ejerce la misma atracción que la persona a quien se quiere... la misma atracción que siente por el barco la estela que siempre le sigue...

Al fin divisaron tierra y unas horas después habían amarrado frente a la pequeña bahía.

—¡Ya estamos en Guinea!

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

—¡Qué emoción!... ¡Tú, mira, es formidable! — exclamó Rosa María con vehemencia, sacudiendo a Arturo que parecía estar en otro mundo.

—Sí, ya lo veo, Guínes — murmuró,

mientras sus pensamientos se diluían en melancolía.

—¡Ay, hijo, qué soso estás! — murmuró Rosa María volviéndole la espalda.

Y es que Arturo ya no podía pensar en otra cosa más que en que Elena se le había escapado de las manos, que no le había tomado en serio, que se había burlado de él...

—Lo siento mucho — dijo Enrique, cuando todos se disponían a desembarcar —, pero vosotros tendréis que vivir aquí... En mi casa no hay sitio... y aunque lo hubiera... me parece más prudente que sigáis viviendo a bordo.

—¡Oh, qué lástima!...

—Pero podéis bajar a tierra todos los días — dijo Enrique, para consolarles.

—¿Y tú? — inquirió Elena.

—Yo viviré en mi casa.

—¡Ah, no, eso no vale!

—¡Esto es una deserción!

—O todos en el barco o todos en tierra.

—¡Eso sí que sería bonito! — exclamó Elena, muy contrariada—. Tú en tierra y nosotros aquí. ¡De ninguna manera! Tienen razón: o todos aquí o todos en tierra.

—Bueno, como queráis. También yo me quedaré a bordo mientras vosotros estéis aquí — consintió Enrique pacientemente por no alargar la discusión.

Se dispersaron yendo cada uno a su camarote a buscar sus cámaras fotográficas o a cambiarse de ropa. Enrique se acercó a la borda, encendió un cigarrillo y se quedó contemplando, soñador y melancólico, el paisaje que se extendía a su vista, aquel paisaje exótico que a él le era tan familiar.

—¿Qué te pasa ahora, Enrique? — preguntó la voz de Elena que se había acercado a él y se apoyaba en la barandilla, a su lado.

—Ya ves... fumo... — replicó Enrique, evasivo.

—¿Te ha molestado no poder vivir en tu casa, tranquilo, hasta que nosotros nos marchemos?

—No... ¡qué tontería!... ¿Sabes? No sé cómo explicarte... es la sensación del regreso... es algo indefinible... Se deja esta vida para volver a la de siempre, a la de uno mismo... Hasta ahora he estado absorbido por todos vosotros... Ahora siento que cuando vosotros os marchéis, volveré a ser yo, a encontrarme sólo conmigo mismo...

—Y tú... ¿lo sientes o te alegras? — inquirió Elena, mirándole fijamente.

—No sé... creo que las dos cosas.

A excepción de Elena, los demás se aburrían soberanamente. Se pasaban el día recostados en las tumbonas, dándose a aire con los abanicos, duchándose a cada momento, muertos de calor, poseídos de la dejadez tropical, sin interés por nada de lo que les rodeaba y



que, aunque no dudaban debía tener muchos cocantes, según decían los que lo conocían, ellos sólo soñaban en volver a Madrid en donde el calor del mes de agosto les parecería ahora brisa finísima comparado con lo que estaban pasando.

—¿Sabéis que os digo? Que nos podríamos bañar en el mar — insinuó Rosa María.

—Ya sabes lo que ha dicho Enrique: que hay tiburones — se apresuró a replicar doña Eloísa que era la que más sufría de calor.

—¡Tiburones!... Yo no los he visto nunca — murmuró Rosa María, desdenosamente—. Oye, Lili, ¿qué te parece si nos bañáramos?

—¿Y los tiburones? — replicó Elena que había sido advertida repetidas veces por Enrique que siempre temía alguna imprudencia de aquella pandilla de alocados inconscientes.

—Yo creo que eso de los tiburones es un cuento — dijo Juan Antonio—. En los días que llevamos aquí no hemos visto ni un tiburón... ni en tierra hemos visto otra fiera que ese negrazo gordo al que llaman Otumbi.

—¡Bah, todo esto son los clásicos cuentos de cazadores! La cuestión es darse importancia — añadió Gustavo, displicente, no desaprovechando ocasión de hacer quedar mal a Enrique al que le tenía profunda antipatía desde

que se había convencido de que era el actual blanco de los tiros de Elena.

—¿Te animas, Lili? — insistió Rosa María.

—Yo estaba animada desde el primer día; pero como Enrique dice...

—Déjate de lo que diga ese... ¿Vamos?

—Vamos, vamos— asintieron todos.

—¿Dónde vais? — gritó Enrique que llegaba en aquel momento, imponiéndose con su mirada.

—¡Al agua!

—¡Estáis locos! Ya os he dicho que aquí no os podéis bañar.

—¿Vas a venir con el cuento de los tiburones? — preguntó, zumbón, Juan Antonio.

—No es ningún cuento. Es la realidad. Yo no me tiraría al mar por nada del mundo y os aseguro que tengo, por lo menos, tanto calor como vosotros.

—Es que tú eres muy prudente— dijo Gustavo con mucha ironía.

—Prefiero no contestar.

—Oye, Enrique— intervino Elena—, ¿no será un poco exagerado lo que dices?

—No.

—¿Y si yo quisiera tirarme al agua?

—¡Yo estoy dispuesto a tirarme el primero! — exclamó Alberto.

—¡Y yo el primero hic! — añadió Arturo.

—¡Entonces yo seré el segundo!—

aseguró Gustavo—. ¡Aunque haya tiburones!

—¿Qué te parece? — preguntó Elena a Enrique, orgullosa de su triunfo.

—Que vaia a hacer una tontería que puede costar muy cara — afirmó Enrique.

—Voy creyendo que tienes razón esos al decir que eres demasiado prudente...

—Yo no tengo autoridad para impedirte hacer esta tontería — dijo Enrique muy severo, mirando a Elena con una expresión dura—. Pero te aseguro que será la primera y última vez que la haga... al menos mientras yo esté aquí.

—¿Chicos, estáis dispuestos? — preguntó Elena, volviéndose a sus amigos.

—¡En cuanto tú digas!... ¡No les tememos a los tiburones!...

—¿Qué te parece, Enrique? — volvió a decir Elena con orgullo—. ¿Tú no te tirarías?

—Yo no estoy loco, como esos... Y por un capricho...

—Lo que pasa es que esos me quieren... En cambio...

—¿En cambio qué? — inquirió Enrique al ver que se quedaba en suspenso.

—¡Nada! — replicó Elena, volviéndole la espalda.

Otumbi se acercó a su amo y le miró sin comprender bien qué intencio-

nes tenían todos aquellos hombres que daban voces que él no entendía. Enrique miraba fijamente al agua:

—Mirale... por ahí va... ¿Le has visto, Otumbi?

—Sí, Massa ...

—¿No decías que no había tiburones? — preguntó Enrique dirigiéndose a los que se disponían a arrojar al agua—. El que quiera ver uno de cerca no tiene más que tirarse.

—No hacerle caso... Lo dice para darnos miedo — dijo Elena, despechada.

—¡Hombre!... ¿Y si fuera verdad?

—dijo Alberto, retrocediendo.

—¿Y tú, Arturo?

—He leído mucho a Salgari y sé lo peligrosos que son esos animalitos — replicó retirándose también.

—Lili... yo creo...

—La verdad... por un capricho...

Todos se iban haciendo atrás. Elena estaba furiosa.

—Sois todos unos... — murmuró, apretando los dientes.

—Compréndelo, Lili.

—No comprendo nada... ¡Yo creía que erais valientes!

—Si fuera algo importante... Por ti estamos dispuestos todos, ¿verdad? — dijo Alberto.

—Claro, claro — asintieron todos.

Elena tuvo una idea diabólica. Desprendió disimuladamente de su brazo la pulsera que le había regalado su pa-

dre, aquella pulsera de tan extraordinario valor por el recuerdo que tenía, y la arrojó al agua.

—¡Ay! — exclamó, fingiendo un gran susto—. ¡Se me ha caído la pulsera!

—¡Atiza!

—¡Vaya oportunidad!

—¡Cualquiera la coge!

—¡Está allí... en el fondo... a la derecha! — murmuró Elena, haciendo el gesto de querer lanzarse al agua.

—¡No te tires!... ¡Mira el tiburón!

—exclamó Gustavo, con los pelos erizados por el espanto.

—¡Yo me tiro!... ¡Qué dirá papá!

—¡Dejadme!... ¡Yo me tiro!

Rápido como una centella, sin decir palabra, Enrique arrancó del cinturón de Otumbi su cuchillo de campo, se despojó de la ropa que pudo, y se arrojó al agua. Al ruido del cuerpo al caer, reaccionaron todos:

—¿Qué ha sido?

—¿Quién se ha arrojado al agua?

—¡Masa!... ¡Masa! — gritaba Otumbi, desesperado, siguiendo con sus grandes ojos desorbitados a su amo.

—¡Enrique!... ¡Ha sido Enrique!

—exclamó Rosa María, descubriéndole bajo el agua.

Hubo unos momentos de pánico que hizo emudecer las gargantas. Enrique buceaba esquivando al tiburón, haciendo curvas perfectas para huir del paso de la fiera del mar y, tras unos momen-

tos de angustia infinita, pudo alcanzar la pulsera y volver a la superficie.

Los del barco le habían arrojado cabite para que pudiera subir rápidamente. El tiburón le perseguía de cerca. Los gritos que daban los que estaban sobre cubierta eran de angustia, de pánico, de admiración.

Enrique salió sin sufrir el menor daño; conocía bien los movimientos de los tiburones y había aprendido de los indígenas el arte de esquivarlos cuando no había más remedio que luchar con ellos. Llegó a cubierta con la pulsera en la mano, y todos se precipitaron sobre él para felicitarle, abrazarle, para ensalzar su valor.

Sin contestar a todas aquellas demostraciones, Enrique se acercó a Elena, y le entregó la pulsera, diciéndole:

—Toma.

Elena cogió la pulsera, emocionada de tal forma que no acertaba a encontrar palabras para dar las gracias, pero antes de que hubiera podido pronunciar palabra, Enrique, que la miraba fieramente, le dió un solemne bofetón en pleno rostro, diciéndole de nuevo:

—¡Toma!...

Y ante la expectación general, ante el asombro de todos, que quedaron como paralizados por aquel acto, añadió, dirigiéndose a su criado:

—Otumbi, recoge todas mis cosas y vámonos a tierra.

Elena le vió partir sin decir palabra.



con la mano puesta en la mejilla que había recibido el ultraje, los ojos brillantes, pero con brillo de lágrimas, con un raro brillo que parecía de felicidad.

Cuando Enrique hubo desaparecido en el horizonte, bajó ella a su cabina.

—¡Vaya tortazo que le ha dado! — comentó Juan Antonio cuando se vieron solos, sin la presencia de los dos protagonistas del drama.

—Es un hombre de una vez — dijo Rosa María.

—¡Lo que es un bruto! — afirmó Anita—. ¡Conmigo había de haber dado!

—Es que Lili se lo ha buscado... Tiró la pulsera de propósito.

—¿De veras?

—Sí... Quería ver si os atrevíais a tiraros...

—Pues aunque fuera así... ¡yo no lo aguantaba! — insistió Anita—. Y no sé cómo vosotros os habéis estado quietos...

Enrique había regresado a su cabina, causando gran alegría a su ayudante Joaquín, quien echó de ver en seguida en el semblante de su amigo una extraña preocupación...

El tortazo de Enrique fué la comidilla de todo aquel día y de los siguientes. Había sido algo tan inesperado y tan extraordinario, que les tenía a todos aturridos, tanto más cuanto que el caballero no había venido a presentar sus excusas ni contestaba a las muchas

citaciones que Elena le mandaba constantemente, conminándole a venir al yate.

—¡Como no baje ella! — murmuraba Enrique, cada vez que recibía uno de aquellos avisos, arrojándolo a la cesta de los papeles.

Elena, decidió, al fin, bajar. Ya que Enrique no quería venir, iría ella a tierra a verle. Aquello no podía quedar así.

—Otumbí, llévame a tierra — ordenó un día al criado indígena encargado de los remos en la lancha que trabordaba a los pasajeros de tierra a bordo y del yate a tierra.

Fuó a tierra y se dirigió rápidamente a casa de Enrique. Entró. La casa estaba sola. Cruzó la sala principal y se metió en lo que servía de despacho a Enrique.

—No hay nadie... — se dijo Elena, encontrando vacías todas las estancias. —Bien, esperaré. Hoy estoy dispuesta a hablarle... y lo hablaré.

Revolvió por encima de la mesa varias papeles, encontró una carta y se puso a leerla. La dejó rápida al escuchar pasos. Era Joaquín, que se quedó sorprendido al verla allí.

—¡Espera usted a alguien?

—Sí, a Enrique.

—¿Quiere que le avise?

—No hace falta... Esperaré — contestó Elena.

—Bien... con su permiso voy a re-

coger unos papeles en esa habitación de al lado.

Salió Joaquín y Elena volvió a quedar sola, pero poco tiempo, porque la sobresaltó la voz de Enrique que decía:

—Buenas tardes.

—¡Eh!... ¡Ah!... Buenas tardes...

—murmuró Elena, volviéndose hacia Enrique.

—Usted dirá qué es lo que desea.

—¿No ha recibido usted unas notas mías pidiéndole que viniera al yate?

—Sí; pero creo que no conduce a nada el que usted y yo hablemos. Por eso no he ido... Perdóneme si resulto incorrecto... En esto, como en todo, no creo demasiado en las fórmulas sociales.

—¿Y esto es todo lo que se le ocurre decirme después de su conducta inculcable?—preguntó Elena, asombrada del cinismo de aquel hombre.

Enrique la interrumpió, dirigiéndose a ella con cortesía:

—¡No quería hablar de eso nunca con nadie... y menos con usted!... ¿Qué es lo que quiere de mí? ¿Que le hable claramente? ¡Estoy dispuesto a hacerlo, si usted tiene paciencia de escucharme! Usted tiró adrede la pulsera al mar... ¿Por qué? ¡Para probar su poder sobre sus amigos! ¡Estaba tan convencida de su poderío, que creyó que todos se arrojarían al agua por usted!... ¡Pues ya lo vió!... ¡Ninguno fué ca-

par de hacerlo, y yo se lo apruebo! ¡No tenían por qué exponer su vida, por una locura soyá!... Sí, señorita, una locura, déjeme hablar... Importándole poco lo que pudiera ocurrir, e importándole menos lo que esa pulsera significaba para su padre... y debía significar para usted, si fuera usted una mujer cabal y no una niña inestable y tonta que se cree con derecho a todos los desatinos... Pensando en su padre y no en usted me arrojé al mar a recoger la joya... ¡Y no me arrepiento de lo que hice! ¡No me arrepiento de nada, ni de lo del principio... ni de lo del final, que bien merecido se lo tenía usted!... ¡Esta es mi última palabra! ¿Era esto lo que quería oír? Pues ya puede volver a bordo tranquila...

Enrique dió media vuelta y se asomó a la ventana. Elena estaba como paralizada. Había bajado a tierra dispuesta a todo... Pero se había encontrado con lo que menos esperaba, con que le hablaran con aquella energía y aquella claridad que la habían dejado atónita.

Se fué acercando lentamente a la ventana ella también. Tenía los ojos llenos de lágrimas y la voz le temblaba cuando pronunció su nombre:

—¡Enrique!

El no se movió.

—¡Enrique!—volvió a decir.

—¿Qué? — preguntó él, volviéndose brusco y muy serio.

—Que tienes razón... Enrique... ¿me perdonas? — dijo Elena, arrojándose en sus brazos y rompiendo a llorar como una niña.

—¡Elena!... ¡Chiquilla! — exclamó él, estrechándola entre sus brazos lleno de emoción—. ¡No me llores así, criatura!... ¡Soy un bruto!...

—¡Enrique... te quiero... te quiero... te quiero!... — repetía ella en cada suspiro.

—¡Elena, chiquilla mía!

En aquel momento entró Joaquín, que se quedó perplejo ante la escena.

—¡Oh, perdón! — murmuró, volviendo a cerrar la puerta.

—¿Quién era? — preguntó Elena, secando sus lágrimas—. ¡Qué susto me ha dado!

—Era Joaquín... No hagas caso— dijo Enrique, que se sentía el más optimista de los hombres.

Elena blandió entonces ante sus ojos aquella carta que había estado leyendo durante la espera, y fingiendo una gran severidad, le dijo:

—Y ahora tenemos que arreglar una cuestión... Ha de saber usted que la dueña de la factoría soy yo... y por el momento no tengo intención de sustituirle... ¡por lo menos en cincuenta años!... ¿Entendido?

—¡Elena! — exclamó Enrique, abrazándola de nuevo.

—Suelta... que nos van a coger otra vez... Me marchó... Se está haciendo tarde... Pero oye... ¿Qué les voy a decir a esos?

—¿A quiénes?

—A los del barco... Porque ellos creen que he venido aquí a...

—¿A qué?... ¡No les hagas caso! ¡Inventa cualquier cosa! Vamos, te acompaño hasta el bote.

La noche era luminosa, fosforescente. Se respiraba todo el aroma salvaje de la selva. Enrique enlazó a Elena por la cintura.

—Desde el primer momento que te vi — le confesó ella — tuve el presentimiento de que ibas a influir en mi vida...

—Y yo también... pero aquella noche en el estudio de Gustavo... Y esto último, sobre todo... ¿Me perdonas? — rogó él, acordándose del bofetón que le había dado.

—¡Tontísimo de mi alma, si me gustó mucho!... ¡Si aquello fué la prueba de tu amor!

—Pues yo creí que te había perdido para siempre... y aquí, en tierra, no daba pie con bola.

—Pues me encontraste definitivamente con tu rasgo... ¡Y yo a ti!... ¿no es cierto?

—¡Elena! — suspiró él, mirándola con intensidad...



## EPILOGO

Fiesta en el castillo hay,—  
se alegren deudos y extraños.  
Hombres, mujeres y niños,—  
como ejemplo recordadlo.  
Las damas así se inclinan—  
en el presente y pasado.  
"Marido quiero valiente,—  
que me castigar lo malo."  
El refrán que ahora se canta,—  
se ha cumplido y confirmado,  
que dice: "El que tu quiere,—  
ése te habrá castigado"...  
Y allí, en presencia de todos,—  
los dos señores se han dado.  
Con esplendor de verdad,—  
los símbolos se ordenaron:

espada, guante y león—  
juntos en un mismo campo,  
entre lo vano y lo fiero,—  
ley la justicia ha mirado.

Y así quedó formado el escudo del  
Conde don Enrique de León: sobre  
campo de gules, la espada, el guante  
y el león de este romance, que pudo  
haber tenido lugar en la Edad Media,  
igual que en nuestros días, porque fē-  
mina ha sido, es y será, siempre y eter-  
namente la misma...

FIN

En breve:

# Ráfagas de humor

Selección de las publicadas

en «La Prensa»,

por

Fidelio Trimalción

cuya lectura le proporcionará

verdadero deleite.

Retenga este título:

# Ráfagas de humor

Ediciones Bistagne

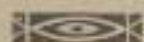
GRAN EXITO DE

# Emociones cinematográficas de un figurante

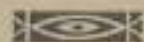
(La vida de los "extras" en los estudios)

por

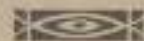
**RAMIRO MARQUÉS**



8 ilustraciones originales de  
**MONTSERRAT B.**



**PRECIO: 3 PTAS.**



**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis

**BARCELONA**

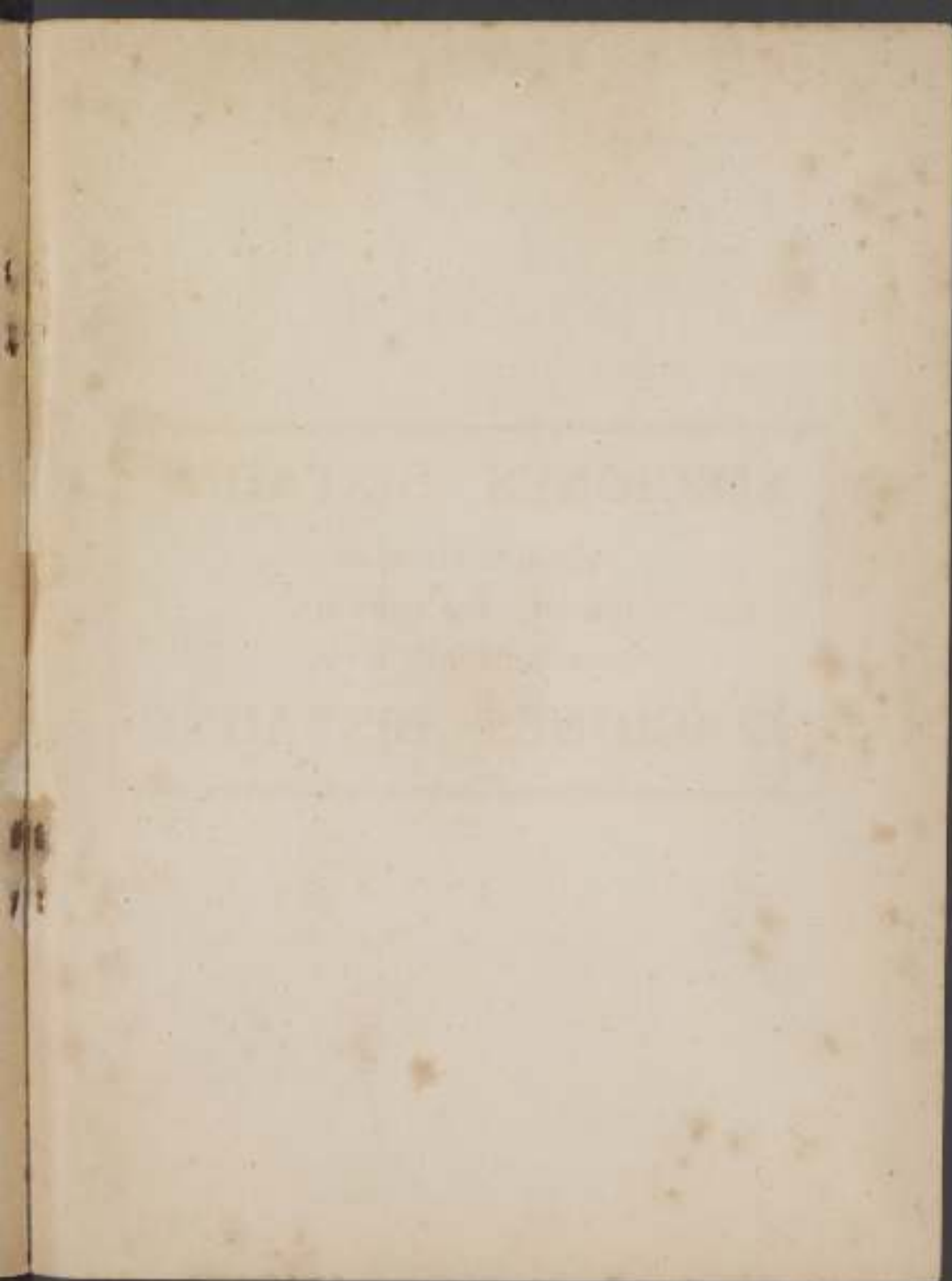




**EDICIONES BISTAGNE**

publica siempre  
los mejores asuntos  
cinematográficos

**EDICIONES BISTAGNE**





Cubierta, Imp. M. FELICER  
Montaner, III - Cédula 70132

BIBLIOTECA - MUSEO  
DEL INSTITUTO DEL TEATRO  
Sección Cinematográfica  
"FRUICIOSO GEL-BERT"